Jorge Segovia

MUERTE DE UN ANARQUISTA EN LAS ESCALINATAS DEL PALACIO

Jorge Segovia

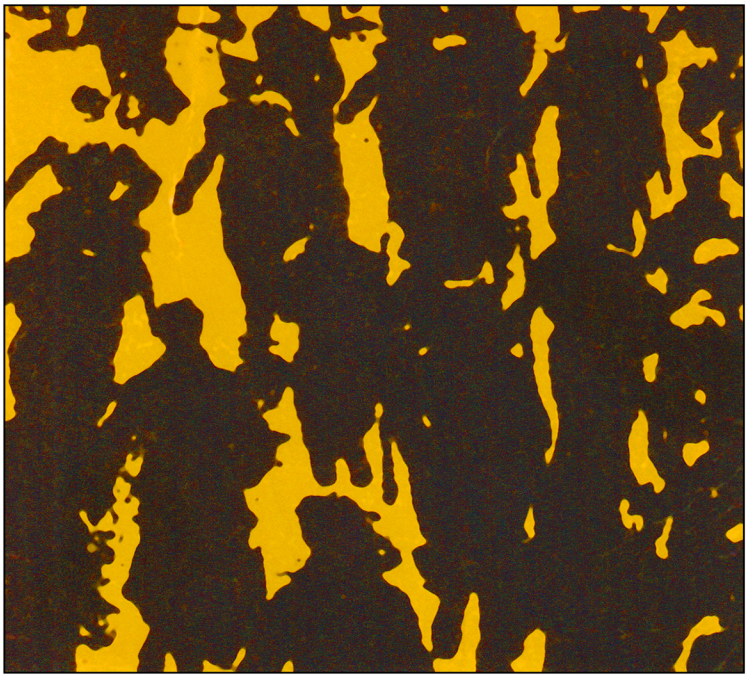
MUERTE DE UN ANARQUISTA

EN LAS ESCALINATAS DEL PALACIO

Jorge Segovia

Muerte de un anarquista en las escalinatas del palacio

PREMIO «SESAMO» 1976



COLECCION e e

Ofreced flores a los rebeldes que fracasaron.

(VANZETTI.)

¿En nombre de qué aparentáis existir?

(KAFKA.)

FLASH BACK

«... las revoluciones no son juegos de niños, no son debates académicos en los que sólo se dañan las vanidades, ni justas literarias en las que sólo se derrama profusamente tinta. Revolución significa guerra y eso implica la destrucción de hombres y de cosas. Es de lamentar, por supuesto, que la humanidad no haya inventado todavía un medio más pacífico de progreso, pero hasta ahora cada paso adelante en la historia sólo ha sido alcanzado a costa de mucha sangre. Sobre este aspecto, la reacción difícilmente puede hacerle reproches a la revolución; ésta siempre ha perdido más sangre. La revolución es la destrucción del Estado.» Js. cerró el libro con un gesto de cansancio: extendió una mano hacia la pequeña mesa que había ante él y agarró el vaso fuertemente entre sus dedos: unos trozos de hielo, aún sin deshacer, tintinearon suavemente contra el vidrio cuando lo llevó a su boca: el resto del güisqui resbaló por su garganta: sus labios se movieron imperceptiblemente en una mueca, y al girar un poco su cuerpo para alcanzar el paquete de cigarrillos, que se encontraba desplazado hacia el otro ángulo de la mesa, vio la mitad de su persona reflejada en el espejo que estaba situado al fondo de aquella habitación; contempló, en un segundo fugaz, la otra parte de aquel hombre, su parte quizá menos conocida o inesperada, y que era como la mitad de otro cualquiera, emergiendo de improviso, allí, sin pertenecerle, ajena, porque sólo era un reflejo (suyo), pero que podía, asimismo, no serlo; un reflejo

que, por lo demás, le devolvía algo reconocible, bien que bajo su envoltura, agazapada (y desechó con una sonrisa de marcado cinismo aquel repentino pensamiento como si le hubiera molestado), podría estar esa parte de su conciencia que intentaba saltar o hacerse perceptible ahora en el brillo que el azogue proporcionaba al cristal: él estaba acostumbrado, hecho, a la indiferencia, por una maraña inextricable de acontecimientos, de sucesos, anodinos si se quiere, pero que en treinta años de una vida depositan su lastre como pueden hacerlo acontecimientos de otro relieve, lastre que no dejaba a estas alturas ninguna huella reconocible de cuándo, o dónde podía estar el comienzo de aquella identidad que ya se hacía, ahora, a la costumbre de no darle importancia a las cosas (como si lo hubiera vivido todo), y menos a los detalles que resaltaran un aspecto sensible o sentimental de los individuos; aunque aquella imagen no mereció el menor asomo de reflexión por su parte, tampoco, si lo hubiera intentado, encontraría en él nada que no fuera común ni estuviera dentro de los matices de toda normalidad conocida: tanto sus gestos o movimientos, como su indumentaria, eran perfectamente estándar, y en eso no dejaba de haber, a pesar de todo, una cierta ironía, pero que él no estaba dispuesto a sopesar, tan poco le importaban las apariencias, o incluso lo que podía haber más allá de una experiencia: él sabía que solamente variaban unos cuantos datos externos, y que por lo demás

éstos no eran sino elementos de una multiplicación de otras variantes, es decir, qué podía importarle, por ejemplo, que un escritor describiera en una novela a un personaje con unos rasgos o con otros, que en la citada descripción éste llevara corbata o su pelo fuera negro en vez de rubio, que su paso (su andar) fuera lento, y que el pijama (si lo usaba), o si acaso se le ocurría también mencionarlo, tuviera dibujado rombos escarlatas o corazones encarnados en alguna parte; que sus manos (y los dedos) fueran más o menos largos y grandes, la boca pronunciada, los zapatos que aquel día llevaba puestos fueran negros o marrones, y en algún departamento de una (de entre las varias que podía llevar consigo) cartera hubiera una foto de una mujer, que no sabríamos sin intentar otra descripción la relación que podían tener, o qué lazos podían unirlos, que sus ojos fueran así o de otra forma, o..., esto, que parecería una acumulación de excesivo detallismo, que pudiera a simple vista parecer muy diverso, no lo es cuando se somete a una visión objetiva, real, pues evidentemente es una diversidad, pero sólo superficial, o aparente, ya que esa múltiple descripción serviría también para un personaje que no fuera el mismo, con lo cual la diversidad seguiría siendo idéntica (es decir, estática y unívoca), y lo que habría cambiado sería tan sólo el sujeto, aunque esto, en el fondo, no fuera tampoco cierto, pues si se traslada esa operación a otro individuo, veríamos que igualmente obtenemos el mismo

resultado, y si continuáramos así llegaríamos a la comprobación de que tal diversidad, al poder ser aplicada indiscriminadamente, perdería su ilusión óptica del principio al ser anulada por los elementos posteriores que hubieran venido a habitarla, y eso no sería todo, porque añadido a la apariencia de ese carácter externo de lo enunciado nos encontraríamos con que cualquiera que hubiera sido descrito de tal manera, al observarlo como algo vivo, en una situación de abatimiento, de alegría, de nostalgia o de espera, también se ofrecería a nuestra vista, pensando en que nuestra mirada no modificara su conducta, exactamente igual, y que las variaciones que pudieran suscitarse serían siempre anodinas y repetidas, y desmerecedoras de cualquier consideración, pues para que no ocurriera así, para que realmente algo hubiera de ser valorado o anotado por él como un aspecto desconocido, o capaz de conmoverle, habría de darse la imposibilidad que significa llorar cuando se ha de reír o agitarse cuando se ha de estar quieto o inmóvil, y si él ahora se encontraba recostado en aquel sillón de skay de tono oscuro que imitaba el cuero, y si en su frente se dibujaban unas arrugas de preocupación o de fatiga, eso no tenía por qué ser resaltado y mucho menos considerado como algo importante para ser descrito; tampoco la corbata, de color negro; ni la camisa blanca, con unas rayas o listas (muy finas) de color azul, verticales, separadas cada una aproximadamente ochenta y cinco o

noventa milímetros, o tal vez un centímetro justo, eran observaciones que merecieran destacarse, pues en nada podían cambiar el destino de Js., suponiendo que éste tuviera algún destino, o, sin llevar las suposiciones a un terreno tan cabalístico, sencillamente eso no podía modificar su presencia en la habitación en ese momento, ni en ese día, ni sobreponerse al cúmulo de circunstancias (si hubieran existido), que posiblemente lo habían empujado hasta allí, como igualmente resultaría vano describir una pieza como aquella, en la que los objetos no se diferenciaban en nada a aquellos otros que podían encontrarse en un espacio similar en otra casa, y en cualquier otra habitación; unas tapicerías que denotaban de alguna manera el paso del tiempo, u n techo alto y encalado, y en el centro del mismo una lámpara de regular tamaño, dos pequeños sillones de skay, que imitaban el cuero, de tono oscuro, en uno de los cuales, el que quedaba de espaldas a la puerta, estaba ahora sentado; una mesa niquelada, baja, con una superficie cuadrada de formica, de una tonalidad indefinida, un mueble con espejo contra una de las paredes, éstas, pintadas de un color caoba, mate; una ventana de doble hoja (semi abierta); un pullover negro abandonado en cualquier parte; unos estantes con libros, de los cuales eran visibles, según la posición que ocupaba, algunos títulos:

« Dios y el estado», «El roedor de Fortimbrás», «La guerrilla urbana», «Filosofía del ego», «Lo crudo y lo cocido», etc., y

algunas botellas de bebida alcohólica: coñac, güisqui, y es posible que también hubiera alguna botella, al menos una, que contuviese otra clase de bebida, pero nada nuevo iba a añadir a la atmósfera que allí reinaba, nada sustancial vendría a cambiar en lo que su presencia establecía, tampoco las cuartillas manuscritas y amontonadas sobre la mesa, algunas caídas por el suelo, y más allá de la alfombra roja, nos desvelaban nada, ni el conmutador plástico, redondo, de la luz, ni algunas revistas abiertas por una de sus páginas, o el vaso largo, vacío en este mismo instante, con algún grabado que no se distingue podrían sumar nuevas perspectivas o emitir otro significado que el de su propia y estéril existencia objetual; sólo cuando su mano tantea o busca entre los folios, y al fin después de algunas dudas acerca uno ante sus ojos que recorren la escritura con una extraña lentitud, y entonces sus ojos parecen leer: «Js. busca entre los folios y al fin, después de algunas dudas acerca uno ante sus ojos, que recorren la escritura con una extraña lentitud...», pues eran unos días agotadores de trabajo, de depresión, los que estaba empleando en la redacción de su última novela que, sin saber cómo estaba sucediendo, a qué móviles oscuros podía obedecer el que habiendo hecho primero un estudio previo de lo que consideraba como rasgos esenciales o líneas de fuerza que luego, en el transcurso de la escritura, debía atomizar y empujar en otras direcciones, no pudiera avanzar una vez

llegado a menos de la mitad de la redacción que se había impuesto, al capítulo que ahora en letras mayúsculas veía subrayado por un trazo grueso de lápiz rojo: TOPOGRAFIA DE LA CIUDAD Y UNA MUERTE ACCIDENTAL, había reunido suficiente material, indagado en perdidas bibliotecas, tenía, a no dudarlo, todos los hilos necesarios en su mano para desarrollar aquella acción hasta sus últimas consecuencias, y meses atrás, en su cabeza estaba claramente señalado el discurso, la trama por la que Js. había de llegar hasta d palacio y colocar el poderoso explosivo en el lugar por el que, momentos después, habría de pasar la comitiva, sin embargo, algo fallaba, algo que no tenía explicación, al menos por ahora, y que ponía en evidencia una vez más su falta de conocimiento real de hechos como el que intentaba narrar, o eran quizá otros los frenos que venían a interceptar su trabajo, carecía de referencias, y no podía saberlo, bien que su cerebro había trabajado casi sin descanso en estos últimos días, y no pensaba ni iba a dar crédito a la sospecha de que hubiera perdido en tan poco tiempo su capacidad de creación, no, además no había en el relato ninguna complejidad de fondo, era, más bien, según los papeles que le sirvieron de borrador para las primeras estructuraciones, una historia realista y lineal, en la que un activista muere absurdamente cuando un número de la policía efectúa algunos disparos (uno de los cuales le levanta la tapa de los sesos) en el transcurso de una manifestación en la que se

aireaban pancartas como: LOS JUBILADOS QUEREMOS UNA VEJEZ DIGNA, LAS PROSTITUTAS EXIGIMOS QUE SE RECONOZCAN NUESTROS DERECHOS, etc., no pretendía ocultar en su relato ni un grito de libertad, ni un mínimo esfuerzo provocador de alguna alusión trascendental, eso lo hubiera considerado de producirse como de un malentendido caprichoso, de una infundada malevolencia sin ninguna gracia, por lo cual, la simple descripción de la ciudad ocuparía, según había creído, ese eje central en el que no podría, aunque se quisiera, buscarse ninguna otra interpretación distinta o extraña a la que allí se hubiera de exponer, más bien toda la gama de explicitaciones que deseaba plasmar se encontraban en la lectura de viejos manuales editados hacía muchos años por el ayuntamiento de la ciudad, en folletos hallados casi por azar, en ediciones no venales, pero que él había transformado un poco, sólo levemente; para no hacer farragosa su nueva aportación y cuidando sobre todo aquellos aspectos más o menos históricos que impondrían en su anécdota ese acento de realidad que no quería camuflar ante la presencia de los personajes que no eran, a su entender, ni más importantes ni menos, sino que en todo caso lo mismo podían cumplir su papel de aquella manera, funcional o decorativa, sin dejar que su presencia arrebatara el otro sentido de vejez, de materia corroída por el paso del tiempo con que deseaba impregnar sus páginas, tal como podía contemplarse en

algunas láminas de aquel infolio, más concretamente en las que iban de las páginas 36 hasta la 44 (Orígenes de la construcción del Palacio de Invierno), donde se nos mostraban los primeros diseños del palacio, realizados por el arquitecto N., y las posteriores variaciones debidas (tras la muerte de N.) a los arquitectos señores V., y R., que sólo introdujeron algunas pequeñas novedades con respecto al primitivo proyecto: la de las escalinatas exteriores del palacio, que descendiendo desde el amplio portalón de madera y hierro habían sido aumentadas en número, y, tal vez por la misma razón, habían ganado mayor altura los jardines, que desarrollaban sus circunloquios de verdor unos pasos más allá, habían sido concebidos mucho tiempo después, dos o tres años, no existían datos precisos sobre ello, como una añadidura a la ornamentación del conjunto que no se consideró en un principio, debido quizá a que el enclave del edificio pareciera el ideal, y el lugar estaba, casi en su totalidad, aunque no pudiera decirse que cerca del mismo, rodeado por una naturaleza primaria de vegetación y arboledas, por lo que para llegar hasta la puerta del palacio, en caso de que a alguien ajeno a sus moradores se le ocurriera, habría de sortear una considerable distancia para lograrlo, con el posible riesgo de ser sorprendido por el servicio de vigilancia que día y noche se montaba, y no sólo en aquella parte, sino también de manera estratégica por distintos puntos de su interior, lo que sin ninguna duda haría

casi imposible la llegada hasta allí de alguien que no fuera conocido por sus habitantes, o de otra manera que no contara con su aquiescencia, y si en su antiguo perímetro los jardines actuales ni figuraban, sí en cambio habían sido dispuestas en casi toda la extensión, hacia la fachada de atrás, nobles estatuas de piedra que las lluvias y la hierba colorearon después de un tiempo con una débil capa de orín, simétricamente emplazadas, de modo que venían a parecer como un insomne ejército cuya masa, junto a las sombras que pudieran proyectar, haría casi invisible aun cuando no fuera de noche aquella otra cara del inexpugnable palacio, pero todo eso no eran más q ue unas vagas consideraciones que Js. tenía en cuenta solo para no falsear la verdad histórica en la que había de mover a su personaje y que bajo ningún otro aspecto si se apartara éste hubieran de ser consideradas como algo más, sólo iba a ser un exergo de aquella toponimia fantástica a la que el tiempo había otorgado una pátina como de ensueño, pero que, tras las diferentes y en algún sentido decisivas (como se verá en su momento) restauraciones o modelaciones que se originaron al correr de los años, le permitían ahora vislumbrar la posibilidad de utilizar una puerta lateral antes olvidada por la que haría entrar a Js. y que comunicaba con uno de los pasillos de la parte baja del edificio, sin embargo, albergaba la duda de si el personaje en vista de las actuales circunstancias sería o no llevado a aquel punto, toda vez

que, a pesar de los intentos que estaba ensayando, no podía con exactitud configurar por el momento lo que hubiera dado la acción de sí misma hasta que no se encontrara en ese límite señalado y pensaba, no sin cierto desaliento, que si conseguía su propósito no debía esperar (de acuerdo a un planteamiento de segundo orden y que tomó cuerpo en su memoria, decidiendo introducir, una vez las cosas más o menos de aquella manera, un nuevo elemento que sin añadir nada sorpresivo revelaría de un modo consciente la arbitrariedad de cualquier toma de posición, mental o física, establecida según unas coordenadas intemporales), por lo mismo que allí se acabaran todas las vacilaciones, pues era presumible que ya bajo otras formas la historia una vez fuera de su control o abandonada a sus propias leyes o ritmos internos pudiera muy bien aportar en su marcha vertiginosa perspectivas que él jamás hubiera conseguido adivinar o incluso, yendo más lejos, donde se podía ver involucrado indeseablemente en alguna parte de la misma que como un fotograma iba a quedar de manera irreparable fijado en la retina de miles de ojos, y como pensara, además, que aquello una vez ofrecido a la atávica necesidad de las gentes por los medios de difusión como si se tratara de algo que mereciera ser divulgado, y sin que nadie de los que habían de recibir la información percibiera no sólo el sudor de las entretelas, sino ni la fina película de lo aproximado al acontecimiento que, por lo mismo, iba a distanciarlos

totalmente de la fiebre, del pulso, de aquella conmoción geológica por la que se había arrastrado la noticia, vendría a perder, en última instancia, todo su poder de seducción, el encanto que había precedido a una minuciosa preparación de los hechos que, a saltos en el tiempo, lo habían conducido hasta allí después de una renuncia a todo lo que no fuera el cinismo, una vez abandonada cualquier idea de ambición y en la certeza de que sólo a él hubiera de incumbirle el desenlace de todo aquello, mas como era lógico suponer que la estulticia humana no comenzaba en la captación de una noticia, difundida como siempre con animosidad y parcialidad, le fue absolutamente necesario antes de haber abandonado la habitación ensayar unos mensajes en italiano dirigidos a las únicas personas que realmente le podían acusar de algo (o reprochar), pues su acción estaba apoyada, y para ello garabateó hasta eliminar en lo posible cualquier deficiencia fraseológica (aun tratándose de unas notas que no ocupaban más de cuatro renglones), buscando con ello un resquicio, aunque fuera mínimo, de poder sobrellevar él solo, de ahí en adelante, lo que imaginaba como el hilo conductor de aquella telaraña en la que ahora se debatía, sin necesidad que esperar más por una respuesta en clave que no llegaba nunca, al parecer, pues bien a su pesar, las complicaciones tangenciales eran más que posibles y estaba en su ánimo que, si no era imprescindible, había de ser eliminado ya no el rastro de

cualquier participación extraña a la suya en la empresa, sino, también, los que pudieran derivarse de su misma persona, que tal como habían de ser impulsados los acontecimientos era más que prudente hacerlo así, y no porque se tratara de actos de un profesional o por un exceso de celo en lo que imaginaba como su cometido (y que realmente lo era), pero pensaba, y en su fuero interno se otorgaba la razón, que ahuyentar el miedo de los otros era una forma, sino del todo justificable, cuando menos acertada para que éste transcurriera lejos de su ánimo y su decisión no se viera, en algún momento, entorpecida por esa histeria que las gentes son tan propensas a transmitir, bien que la mayoría de las veces sin caer en la cuenta de lo que ocurre de un modo cierto, cuando por medio hay lazos que de alguna manera vienen a relacionarlas, así lo entendía y con todos los medios a su alcance, por ello, sin contar en exceso con el azar que en un segundo o un minuto incontrolado habrían, si las cosas no evolucionaban como esperaba, cambiado el curso de los acontecimientos, pero era inevitable un abandono de aquellos cálculos que no sumarían más que cierta confusión a lo ya previsto, se había puesto a la tarea de confeccionar incluso una guía de todas las salidas que la ciudad ofrecía a través de su subsuelo, las cloacas y desaguaderos de basura, los múltiples canales que se desplazaban subterráneamente y que en un punto o en otro de determinadas calles verticalizaban su humus, sus musgos, sus aguas putrefactas,

dejando un espacio más o menos libre, que casi siempre una herrumbrosa escalera metálica mellada o carcomida, iba a llenar en un paso indeciso pero cierto hacia la claridad asfaltada, hasta la luz o la sombra del día, así recorrió innumerables veces la oscura bóveda de las calles, haciendo anotaciones y cálculos, subrayando con lápiz rojo los accesos laterales, las desviaciones, las vías taponadas o intransitables y aquellas otras que por escapar al.radio de acción marcado hubieran de ser consideradas inservibles o innecesarias en la labor de recuento y, por supuesto, en aquellas anotaciones se insertaban también datos marginales que pudieran parecer insignificantes o carentes de valor, como por dos veces en la misma página la observación que se refería a la linterna (y la de comprobar la carga de sus baterías) o aquella otra del impermeable plástico, asimismo, todo cuanto se relacionaba con las tapaderas de salida, la mayor o menor resistencia que oponían cuando se intentaban abrir, la falta de tornillos en algunas de ellas, la imposibilidad también de contar con unas cuantas (que permitían un acceso lógico y deseado a las inmediaciones) y que quizá estaban actual mente en desuso o inutilizadas por alguna otra razón que se le escapaba, aunque, ciertamente ya no pudiera por eso mismo entrar en sus planes la consideración de sus distancias (lo cual se traducía para él en un recorrido), que oscilaban de los 346 metros las menores hasta los dos kilómetros 440 metros aproximadamente (pues era

necesario establecer un margen de error y así lo tuvo en cuenta) las de mayor extensión, y con estas las pequeñas bifurcaciones que aparecían aquí o allá, o las que tras un breve recorrido iban a morir contra un fondo ciego más allá del cual no había nada, también, sin creer en la necesidad de que aportara algo decisivo la evaluación de ciertos pasadizos en los que la humedad era más acentuada, las paredes más o menos porosas, etc., a pesar de lo cual no había decidido aún en qué lugar o por qué acceso, de estimarlo conveniente o en caso de que hubiera que recurrir a un punto de apoyo con urgencia, habría de emprender Js. la huida, si eso hubiera sido de lo que se trataba, o, en caso de que ya avanzada la narración, ésta lo enfrentara en aquel momento ante la alternativa de tener que elegir el subsuelo para desde allí recortar su trayecto, que habría de llevarlo en el menor tiempo posible (tiempo que estaría calculado) y contando que no surgieran otros imprevistos más que los igualmente pensados, hasta la fachada principal del palacio, donde el personaje habría de dar cumplida cuenta de la misión que se le había confiado, y era por lo que aquellos paréntesis de duda venían una y otra vez a conformar la historia, rebajando el calor que Js. experimentaba en su pecho ante la idea de poder llevar a cabo el atentado anarquista que, en la fecha escogida, coincidía justamente con el anuncio de diversas manifestaciones que habrían de desfilar frente al palacio aquella mañana, y, por ello, era de

esperar una concentración monstruo que anunciaba para las doce de aquel día la expresión (que imaginaba con todo lujo de pancartas) de su mal contento, pues, con todo no olvidaba que en la clandestinidad había sido donde su formación adquirió, después de quemar muchas etapas, ese sentido de las cosas que ahora se le descubría otra vez casi de golpe y por el cual recordaba, no sin cierta sonrisa condescendiente, algunas recomendaciones:

l. SEGUIR LOS PASOS

La vigilancia secreta, paso a paso, fundamento de toda vigilancia, es casi siempre fácil de descubrir. Todo militante deberá considerarse seguido permanentemente; por principio, jamás dejará de tomar las precauciones necesarias para impedir que lo sigan. En las ciudades grandes, donde el tráfico es intenso, donde los medios de locomoción son variados, el éxito de la policía se debe a una culpable negligencia de los camaradas.

Las reglas más simples son: no dirigirse directamente a donde uno va; dar un rodeo por una calle poco frecuentada, para asegurarse de que no se está siendo seguido; en caso de duda, regresar sobre los

propios pasos; en caso de advertir que se es seguido usar un medio de locomoción y transbordar.

Es un poco difícil «plantar» a los agentes en una ciudad pequeña; pero al hacerse ostensible, tal vigilancia pierde una gran parte de su valor.

Desconfiar de la imagen preconcebida del «agente de paisano». Este tiene frecuentemente una fisonomía bastante característica. Pero los buenos policías saben adaptarse a la variedad de sus tareas.

El transeúnte más corriente, el obrero en mangas de camisa, el vendedor ambulante, el chófer, el soldado pueden ser policías. Prever la utilización de mujeres, de jóvenes y de niños entre ellos...

pero no hubo de transcurrir mucho tiempo para que él, una vez envuelto en el entramado de aquella existencia llegara a otras conclusiones, que si bien no desdecían a éstas, no por ello era menos cierto que las desdeñaba o afrontaba las situaciones desde una visión más personal, no estimando en nada, como era su costumbre, la letra impresa ni ese tipo de sugerencias que sólo, según él mismo intentó demostrar alguna vez, se repartían a modo de orientación teórica, olvidándose, por lo tanto, del sentido último que ello encontraría, de hacerse posible, en la individualidad a la que iban destinados, dividiendo en dos mitades, según lo que era

o debía considerarse unitario, un todo que al ser fragmentado, aunque en esa mínima porción equivalía a un desconocimiento de las íntimas pulsiones del hombre o de sus arrebatos, y éstos negaban así esa parte que más tarde iba a correr desamparada su aventura por las lindes de la memoria, a la que no se recurría en el momento de poner en pie una acción (y no, únicamente en el papel) de tipo práctico, pues ahí, a la práctica, era a donde no llegaban las buenas intenciones que se desprendían de tales consejos, bien que otros hubieran quizá antaño experimentado similar conducta en toda la regla, y, entonces, se traspasaba aquel corolario del aprendizaje por lo que del mismo pudiera aprovecharse, y como que la loable hermandad del Santo Oficio no había desaparecido, o, más bien su poder se dejaba sentir aún ahora una vez tomada la prudente medida de ocultarse bajo otras no menos tiernas denominaciones, y así continuaba imponiendo sus métodos de extorsión y tortura, evidentemente, mucho más refinados y atendiendo a epígrafes más sofisticados, tales como «prueba psicológica», «prueba técnica», «prueba científica», etc., que hacían palidecer a los mismos robots asexuados que parieron la bomba atómica (aunque parezca increíble), por lo cual el personaje, y helo aquí, habría de representar un espectro innumerable de papeles ante la presión de un interrogatorio, que iban, por ejemplo, desde el fingimiento de la locura hasta filtrar en sus encuestadores la idea

contraria de la que ellos perseguían: policía (sin mencionar el grado); ¿Nombre y apellidos?, activista: Js., p: no lo entiendo, repítalo, a: Js., p: no bromee, esto no es un juego, a: no, p: ¿nombre?, a: José S., p: ¿fecha y lugar de hacimiento?, a: no me acuerdo, p: no bromee, esto no es un juego, a: no, p: ¿fecha y lugar de nacimiento?, a: Manhattan, distrito 16, calle 4, planta 121, P: no se haga el loco, a: no, p: responda la verdad, a: sí, p: ¿fecha y lugar de nacimiento?, a: no me acuerdo, p: ¿nacionalidad?, a: perra de origen, p: no se haga el loco, a: no, p: ¿a qué se dedica?, a: le huelo el rabo a los perros, p: no bromee, a: no, p: ¿está casado, tiene relaciones sexuales, hijos?, a: sí, p: concrete, a: con los perros, p: no se haga el loco, lo sabemos todo, a: no, p: ¿qué hacía la otra noche frente al palacio?, a: miraba los perros, p: ¿qué perros?, a: sobre todo los negros, p: ¿cómo eran?, a: como perros, p: no bromee, lo sabemos todo, a: no (.....) y ahora, dijo el policía secándose con un pañuelo el sudor que bañaba su frente, llevénselo, ese hombre está loco; sólo habían transcurrido dos horas desde que se originó el vacío en la conversación (o pseudodiálogo) hasta que volvió nuevamente a escucharse la voz del policía: y ahora, llévenselo, ese hombre es un loco, y así, José S. había aprendido a existir en otras pieles, por eso, cuando se encontró finalmente instalado en su asiento de aquel vagón de segunda clase respiró con alivio: su bloc de notas aparecía lleno de una escritura comprimida, con

infinidad de llamadas al margen, como matizando otros apuntes o ahondando algún escrito que nuevamente ocupaba su atención, barruntado de abreviaturas, de flechas indicadoras, de círculos que guardaban alguna clave o quizá otras expresiones cifradas, y cuando aproximó su rostro a la ventanilla, que estaba sucia y empañada por el vaho, sintió que su cuerpo era estremecido por un frío helado que lo traspasaba, faltaban pocas fechas para la Navidad y pensó, no sin amargura, que al igual que la anterior, habría de pasarla sólo, fuera la noche se mostraba carbonosa y sumida en su curso inevitable que la velocidad del tren no habría de corregir, «es así», se dijo, y como si aquellas palabras susurradas para sus adentros lo confortaran de algún modo entornó los ojos, pensó en Caterín, en sus piernas largas y culebrinas, en su boca murmurando el nombre de José S., José, ofreciéndole la caricia, en el brillo de sus ojos, que parecían mirar siempre desde un fondo remoto, Caterín, Caterín, «es así», y el tren quizá hubiera efectuado más de una parada en alguna estación silenciosa, cubierta por la neblina de aquella jornada en la que solo las luces adosadas a las paredes, y algún bulto de persona que esperaba posiblemente un enlace distinto, enrollada sobre un banco, aparecían con las únicas cosas reconocibles borrosas por lo demás, pues si no estuviera alerta a pesar de aquella actitud de profundo ensimismamiento le hubiera parecido que atravesaba un desierto de nocturnidad, sin nombre ni

destino, y sin conocer por lo mismo en qué lugar de una extraña y desconocida geografía iba a ser el punto de desembarque, o si habría de seguir impenitentemente haciendo un transbordo después de otro, azotado por la lluvia y el viento que hacía vibrar las altas farolas de los andenes, y más allá, por las calles adoquinadas donde sólo de vez en vez un transeúnte apresurado se atrevía a desafiar aquel tiempo inclemente y desapacible, abrochado hasta el último botón del abrigo, o con la cara hundida entre las solapas del gabán, escuchando a su paso el chirrido de las clavijas que sostenían los letreros luminosos de los anuncios que oscilaban amenazando con caerse en cualquier momento: BAR, CAFET A, T DA D MODAS, S E R V I C I O S GENER S ISO X, OCA C OLA, ASEGURADORA DE V A, S. A. EL 7 OJO, CLU AS, MENI AS, GRAN S ALMA NES, B O, etc., las estrechas callejas de la parte vieja, con un bar casi a continuación de otro, de innumerables tascas que olían a pescado frito y aceite requemado, pero que eran impresiones que pertenecían a otros momentos de su vida, aquella vía tenía un final que él conocía de antemano, por lo cual ninguna sorpresa podía esperarle una vez concluido, sabía hacia dónde le llevarían sus pasos, pero muchas veces, también, creyó saberlo y las cosas se presentaron bajo otra máscara, bien que por eso no menos dolorosa o feliz, según el caso, y escapando por lo mismo a toda suposición anterior, y así al tiempo de aproximarse al lugar de aquella

cita que pondría en su vida, a partir de aquel instante como una imperiosa necesidad de no detenerse hasta que en su memoria no quedara ni el menor rastro de lo sucedido, o, tal vez de lo que aún estaba por suceder, pero que de una forma o de otra, él lo sabía, era inevitable y si un oscuro azar no se interponía a tiempo (cosa que le hubiera hundido en la más amarga de las penas), José S. alcanzaría aquella mañana las escalinatas del palacio, y como si ya estuviera oyendo el griterío inflamado de las miles de gargantas y contemplara el abigarrado despliegue de las pancartas que aquí y allá, por encima de todas las cabezas, como un oleaje esperanzador transmitían sus urgentes significados, sus medidas necesidades, se sintió un poco más tranquilo y se dejó caer contra el respaldo del asiento, «La vida, pensó, es la distancia de nuestros pasos», ¿a dónde?, en qué zona situar los filamentos de la memoria, la tensión de la conciencia que nos pone en pie o nos proyecta a través de kilómetros o nos transporta a tiempos diferentes, al antes o al ahora o al después, qué hacer o cómo llevar entre la piel todas las palabras leídas, escuchadas, escritas (o cómo abandonarlas), todas las historias fingidas o verdaderas, la luz o la penumbra (hasta de lo por venir), la voz y el eco de las cosas mismas, su muda presencia, su falsa materialidad o quizá su verdadera solidez en permanente desvarío, la dureza de granito o el brillo diamantino de su mismo fondo que, ahí, estériles y encerradas en la oscura motivación contra el lugar

que ocupan, nos fingen una sumisión que a fuerza de engañosa acaba por imponérsenos, y las otras anónimas presencias con su amplia gama de sonidos, voces, cuerpos, palabras más graves y menos agudas, con la tarjeta de identidad de sus sueños, o, el pasaporte de la miseria imperecedera. ávida, insatisfecha siempre, aunque hábil en el disimulo y luciendo por alguna esquina de su infinito pánico el asomo de la más sutil picaresca, el abecedario de las conquistas humanas, ¡uh tortura! la marea creciente de la Idea y una fecha: 14 de junio de 1894, un nombre: Sadi Carnot otro nombre: Caserio, el vendimiario de la fraternidad tatuando la piel de José S., Y la sospechosa costumbre de los viajes repentinos su cinismo encarnándose bajo las miradas de los hombres, el universo a la deriva con todos dentro, cifras, señas, medidas, incisos, kilómetros, letras, números, voces, signos, formas señales, marcas, nombres, palabras, dibujos minerales, ojos, despojos, aguas, selvas, edificios, continentes, avenidas, filosofías, venganzas, platos, dientes, lutos, tazas, fusiles, drogas, niños, cerillas, razones, esperanzas, diarios, recetarios, coches, columbarios, discos, ancianos, sueños, relojes, mujeres, amatistas, enfermeros, negros, holandeses, esponjas, asalariados, vergüenza, excreciones, abortos, col illas, huelgas, incendios, rogatorios, fronteras, estafas, corales, aceitunas, klinex, pastillas, madréporas, bolígrafos, playas, planos, lámparas, aviones, cafeterías, directores, bancos,

zapatos, prostitutas, enaguas, ministros, cheques, empresas, huertas, secretarios, sillas, pestañas, calzoncillos, mostradores, estorninos, pasados, estatuas, pañuelos, abogados, tractores, editoriales, pantalones, televisores, dentífricos, aceras, cremas, hipotecas, edemas, bacinillas, paranoias, gracias, penes, letanías, ciegos, hospitales, sorpresas, cigarrillos, escolleras, orgías, embarazadas, sellos, ejércitos, policías, actores, representantes, homosexuales, taberneros, vendedores, garajes, luciérnagas, ríos, misterios, montañas, hierbas, factores, alimañas, terroristas, satélites, quesos, vaginas, alcoholes, archivadores, escaparates, obreros, enanos, cantantes, asesinos, santos, rayos, estribaciones, uñas, cordeles, iluminados, culos, pozos, facturas, dólares, neveras, caballos, guantes, pistolas, escalpelos, cuchillos, avemarías, semáforos, ayuntamientos, tumbas, cruces, sectas, pájaros, clítoris, anémonas, linternas, subterráneos, espacios, salchichas, prostíbulos, circos, vicios, estraperlos, consumos, abrelatas, senos, zoospermos, aves, poetas, trópicos, países, estados, mentiras, sociedades, tribus, ruedas, caricias, posibilidades, basureros, y entre todo ello, maremágnum de los siglos, el íntimo deseo que no dice su nombre: la indiferente conciencia del verdugo, mano ejecutora que no temblará cuando llegue el momento de obedecer a la orden del cerebro y que tras laboriosas combinaciones del azar, superando las ciegas alternancias de los cromosomas habrá reventado en un figura de carne y

hueso, en una biografía más de tantas como ha de haber y envuelta en su ropaje ciudadano, con su ficha social, respondiendo al nombre de José S. aparecerá una mañana tibia de un mes de abril al filo de la más radiante primavera, a cuestas con su pasado entre la obnubilación y la lucidez, y se detendrá unos segundos, sólo unos segundos, ante las escalinatas del palacio, su mirada abarcará el terreno en su conjunto, y no necesitará más, es así, dirá como para sí mismo, y por vez primera y única se sentirá reconciliado consigo mismo y con el mundo, y volverán a crecer, entonces, plantas trepadoras, lianas del sueño, el polvo de la metralla, poniendo su nudo de asfixia en todos los corazones seguirá los regueros de sangre hasta el mar, cabezas cortadas, descoyuntadas, en un vuelo agitado por el aire corrompido, miles de pupilas desprendidas rodando por todas las calles, entrechocando y fundiéndose con el ruido sordo de múltiples miembros cercenados, de cuerpos macilentos y ennegrecidos o hechos trizas y pedazos multiformes, defunción del sístole y diástole del mundo, hígados, dientes, pulmones, venas, lapidarios de tejidos, escombros de la nada, residuos del último y general desamparo que el combate desigual avecina, pues cuantas veces, por ejemplo, el sueño se había superpuesto a las imágenes reales de su vida, más que a las imágenes, al frío que traspasaba el azogue de los espejos en que se miraba, y no queriendo aceptar la prueba exacta que le

devolvían de la falsificación de su universo celular, desde el mecanismo de la mirada y los puntos de apoyo y las piezas de equilibrio o los centros nerviosos o las glándulas linfáticas hasta el fluido que le llegaba desde el exterior, buscó sin encontrarlo, el cuerpo que lo habitara sin desgarro: la finalidad de su ser para la muerte.

1. cuerpo

cuerpo, tu cuerpo, mi cuerpo, opuestos osario de tantos días agujereado, agujereados los dos por la alegría naive de no saber aún esperar la mañana, el tiro, la horca, la boda o tantas cosas como no íbamos a conocer nunca; ¡oh!, nunca, esta es la luz luciérnaga de nuestro amanecer; amanece, mírala, ya nos llama, nos huye, nos diluye yo en ti, tú en mí, mírame; ésta no es la tristeza que se levantará más tarde por el mundo como un polvo cegador, oro de estos años añorados, ahora fugitivos, ¡oh!, fugitivos allí cuando no existían las promesas ni los nombres ni el cuerpo; ojo, tus ojos, mis ojos, instantánea del mundo, flash solo de aquella única aventura de nuestros pasos los pies, las manos duras, maduras después para las caricias, para escribir las cartas, para apretar el gatillo de la «Parabellum», para agarrar la copa y el vaso, y el tenedor o los zapatos, la camisa y el picaporte de la amargura; escucha su rumor de treinta años en la fotografía, las venas, los nervios de la tarde yugular, de

la tristeza, este tic imprevisto de las cejas sin cejar en la marcha por qué aún no habla llegado no era, eres tú él, ella mi cuerpo entre el tuyo, contra el tuyo; tuya la soledad de la cabeza abatida contra el cristal; crisálida de nailón, niégame si es tu consuelo, extirpa el daguerrotipo de este cuerpo, piensa tus pechos la línea ventral hasta la vagina, ovario de la consumación; roja sangre subiendo, ascendiendo hasta el corazón de la madrugada, cuando ya todas las puertas se han cerrado, cierra mi boca, bócame contigo un día más, mastica mis pestañas el vuelo de mi cabello por las paredes, desahoga el furor de tus axilas contra mi frente, franquea el umbral la lumbre de la tarde o vete, ¡oh!, ferragosto; en el cuerpo, la lluvia y la suavidad de las sábanas, el tacto de tus dedos, la táctil sensación de tu mirada en mi espalda espolea la calentura por mis dientes, condúceme hasta e] espasmo sagrado, pero aún no ésta es la gran claridad, la época feliz que se deslizará irremediablemente en el otro cuerpo, en tu cuerpo contra mi cuerpo; aquí la luz, todas las luces del verde al amarillo, y el rojo y el azul que azulea la ternura, la ávida voracidad que nace y se deshace y se desarrolla por las arterias a través de los pulmones; por los impulsos de la noche, de la piel, piélame hasta el hueso, deshuésame desde tu ayer, hállame la sombra en la sombra de esa muerte, muerta, ¡oh!, muerta la temporada de la liviana enfermedad, encerrados de espaldas contra la cama caminaba con mi somnolencia, por venir venías tú y la noche, y erais iguales

desde la ventana; ven, aventa la imagen rota de mis sueños, sueña conmigo, contágiame de esta agitación que impulsa los trenes a lo lejos, lejanía gravitando en los billetes, la estación donde duermo con la esclerótica atenta vigilando las contorsiones de la existencia; existo, ya en todo cada cosa me nombra la duda, la nariz, la desgana, el paraguas, tu nombre que no se pronuncia, y mi cuerpo que no llega a ti; las uñas destrozadas del vino, el golpeteo necesario de tu voz, vocéame en los anuncios, anuncia la dilatación del cuerpo, cuerpa la vida, vídame tu cuerpo y mi cuerpo evidencia la ausencia de cualquier cosa; cóseme el hambre de ti, tíñeme las manos de mañanas transcurridas en el sur, al sol y la sal del mar márame por dentro, licor; lícuame hasta las neuronas más oscuras y llámate al sólo cuerpo, siéntelo ahí, vertical, ladeado, adormecido, mecido en el éxtasis, extasiado de colores, de olores, de dolores, horizontal horizonte que te impulsa del más al menos, desde bajo hasta arriba, arrímalo al mío, míalo y vuela en ese halo de locura rauda, audaz, cuando yo lo hago tuyo, túyolo y sólo es posible así, asidos los dos dos veces doscientas, cuerpo veces vecientos cuerpeados, agarrados, atados en el agotamiento, en la gota o la lágrima que resbala del lagrimal, malculpa la maldición acidulada de la nada, hada trahumante, amante mía de mi cuerpo, cuerpo míame una vez más, atraviesa la masa la malla de este tejido, teje la maraña del cuerpo el juego de la rodilla, la rótula, el roto

almanaque de los leucocitos, la risa de tus labios anaranjados, las ojeras que denunciaban la insomne necesidad de aplastar los ojos contra el filo del cristal la crispada sonrisa de las máscaras de la noche nochea aquí contra mi piel en tus huesos busco el refugio oscuro del olvido, olvido que soy yo, y lloro mientras los perros ladran el aullido la lluvia de los sentidos, el olfato de la distancia, los despojos de la jornada, los despojados de nada, de todo, lo que naufraga antes o después, el teléfono enloquecido y un clic clic que no me abandonará nunca, nunca es tarde para llegar a entenderlo, el zumo del otoño la innecesaria costumbre de vivir, vive, alienta, vuela, vivuelalienta, escucha los rumores de la sangre, la inmemoriales palpitaciones del corazón suspendido en el aire, airea la nueva, la vieja destrucción de las cosas, cosario, osario, rosario de pupilas, pupílate de infinitos por las venas; ven, vence el vértigo, vertigínate hasta e colapso, el calipso, el jazz imprevisto, improvisado de una noche ritual y fantástica con tangerine dream a todo volumen, volumina la arquitectura del cuerpo, cuérpate y cuérpame irremediablemente sin sosiego las uñas, los dedos, los dados de la inmundicia, que nos rodearía más tarde; tarde es cuando nos despertamos, tres mil años, épocas, estaciones geológicas, geográficas, geolocas habían pasado y todo seguía igual; la momia petrificada firmando leyes, decretos, órdenes de estado con su mano de acero, con su riñón de

plástico, con su aorta Y sus válvulas de platino adulterado, y la cohorte anónima escondiendo sus lágrimas de miseria, miseria de su encorvada vida, de su domeñada existencia, llena de moho, mohosa hasta la medula, mendigando un poco de amor, un poco de dolor para sentirse cohabitada, habitada de algo que no ocurre nunca, pues las falanges se conservaban adiestradas armadas de jugos, y aun efectuaban con rigor el mecanismo del juego, la doblez de la articulación, la circulación de sus savias, impermeablemente bien conservada, guardadas contra el desgaste: contra el envejecimiento; envejecer, envejecen, sólo los papeles, los trapos, las paredes, los ceniceros, la ceniza aventada, no tus dientes azules, mis labios amarillos, la pupila encarnada del invierno, no, no sigue subiendo, asciende hasta los entresijos las raíces de la piel, de la maspiel del mashueso, o sea, el mundo como un clavicordio infernal; clavículas del agua, aguanta la inmersión; en la cloca clava la daga, en la llaga, llaga el éxtasis, estírate corno horizonte o cabellera al ritmo de tangerine dream al anaritmo del rubycon con afrodithe, adhiérete etérea al son que va sin son, sondeando lo insondable ésta es la luz ósea, la luz corporal del mapacuerpo, del muncuerpo del cuerpo, sólo ella éllala, tócala con todos los sentidos, timbra la voz, vocea el desquilibrio del nervio, enerva la distancia de tus cejas y no cejes cuando llegue el equinoccio de los labios, las libélulas de la pleamar, la marea del sueño; surean los días, nos

horadan por dentro, nos desvastan y no basta con eso, pues entonces pudiera ser así el dedo, la uña, la uña del dedo, el ojo, la pupila, las pestañas, del día, la cabeza, el cabello el caballo de la vida, la nariz, lo nasal y lo anar y lo mundanal por lo muladar, el pecho y los pechos, y el tórax o el toro, y el ano y los años, o vagina y bacinilla, el orgasmo y el sarcasmo, el pene y el peine, y la pena y la melena, por el suelo o en el ruedo, la rodilla, el tobillo y el ovillo, y el olvido de lo vivido, la mano y el palo, o el pelo y el velo, y la vela de lo que nos desvela, ¡ah!, cuerpo, más cuerpo, sólo cuerpo, vicuérpanos sin fin.

2. erotismo

y estalla la yema de luz en tus ojos, mis manos menoscaban tus tejidos, tejen, destejen el gozo almibarado de tus senos; sueñas la mañana que nace repentina, repetida en la retina azulada del estío; estabas horizontal, frontal, verticalmente dispuesta a recibir el dibujo, el ornamento, el tormento de las caricias; callas, te exaltas, gritas, te humillas, me enfebrezco por las sienes las manzanas explotan por dentro, los trenes van llenos de azúcares, el mundo da vueltas entre tus piernas, se conmueven las esferas, los mapas, los trópicos del goce y del deseo, deseas asir un hálito de belleza, de ternura, de algo que te pertenezca, desde este momento concibes los colores, coloreas los ríos, ríes,

arriesgas el instante de la consumación, consumes el tiempo de los relojes, el tiempo del pulso, el pulso de la historia, me abrazas, me amordazas, nos deslizamos por túneles llenos de mariposas, por abismos amarillos, por las tierras más ignotas, donde el beso es una flor de lluvia; llueve la primavera de nuestra carne encima de los muebles se mueven los goznes de la distancia; la soledad, como u n ojo submarino, va y viene desde tu cara a mis manos, vaivén que entretiene el eco de la respiración; respira la tarde encima de nuestros cuerpos la noche, la eternidad de la caricia, las caracolas curiosas del mar, el plexiglás de los pasillos, pasa el tiempo boreal, temporal entrega de todos los sentidos estallando detrás de los espejos en las aceras del verano, vano hilvanar en vano la desdicha que espera detrás de la puerta aguarda, guarda alzas la guardia, el meridiano de las palabras, paras el tiempo del silencio; silencias el gesto, el ademán; además el hielo puede correr por mis vértebras el fuego, la tormenta, el huracán de tus recuerdos, la melodía en mis oídos oyen, ya oyen las vibraciones de tu fiebre contagiada, la fibra extendida, la malla de luces que nos ciegan todas las frutas en el abrazo; abrazamos la historia por dentro, densa la temperatura; el ecuador estallan los barómetros; las estaciones son todas anaranjadas, todas las señales nos llevan al sur; sureas el mar, la costa, la playa, sueñas la suerte y encuentras el sur de frente; frente a mí tu oceánica lujuria de esporas y corales corres, corro, nos

dejamos ir y vamos, nos llevamos arrastramos los pies, la casa, el calendario, los platos, el abrigo, los zapatos, las ventanas, una tarjeta, los cigarrillos, el pantalón, tus bragas, un bolígrafo, los libros, los azulejos de la cocina, la lámpara, un visillo, vislumbramos la caída y caemos, tú contra mí, yo contra ti, y todo con nosotros decae, cae hecho polvo pólenes en el magma nutricio de tu vientre, vendaval que señala el ala de la alondra, alusión o ilusión que nos nombra, aproxima, separa la próxima parada; al fin, en la órbita de los ojos, orbitamos el universo, el anverso perverso del beso, lo que hay detrás de la caricia, el terciopelo de la espalda espera que no apaga el deseo, el eco de los continentes a la deriva; derribas por arriba el sol y su fuego, la luna y su parecido; juego por el suelo; sueles apostar a un número cabalístico, as de pique, a pique de perder hasta el ensueño, pero vences; vence el tiempo, el tiempo nos vence, aunque te engañes, vistas o desvistas con otros trajes o inaugures una madrugada tibia sobre tu piel; piensas en otras cosas detenida la dinámica del acento, acentúas otros momentos, enlazas el ahora con el después y después son tus piernas sobre las aceras del invierno, tus pasos subrayando los minutos del camino, y yo, tenso, tendido hacia los portales vacíos, escuchando la respiración de los muertos, murmurando antiguas historias por casas deshabitadas, habitando la momia de mi cabeza, buceando entre las vulvas del interregno de la tierra, transmigración de tus brazos por

mi cabellera, cabellos volando por las intermitencias de la fiebre; febril la mirada, la encantada voz de los objetos en marcha; marchando hacia el naufragio de las islas subterráneas, las pomas de neón, el neón de los anuncios nocturnos, las llamas que nos llaman; llamea el deseo de tus muslos, la turnovuelta del corazón en el alba; albatros atroz, feroz del esófago, estómago del silencio, las venas de la oscuridad, la ciudad, la niebla e los sentidos, el sentido del viá.je; viajamos los dos ajenos al estertor del mundo, mundeando la boca, los labios, labiando el sabor del agua marina en tus rodillas, el alimento, sedimento, excremento de tu ano, la anamnesia, la dislexia de los faros en la lejanía; lejana la forma de tus senos, sueños cuando aparece de pronto la mañana, la ventana vomitando el aroma de todos los jardines, vienes en el aire de los puertos, las puertas de la nada, los anillos, los cuchillos del degüello; degüellas las sombras, la duda que perdura, dura todavía la lucha por los arrabales del deseo, deseas morir y muero en el abandono que me infliges; afliges hasta las cortinas de rayón; hacia oriente un humo de hierbas perfuma las estancias, los corazones ruedan por las pendientes, el sístole de las cosas desplaza la memoria; plexus de las enredaderas del vino más dulce, dulceamos el sur de los solsticios en noviembre, no viene, no llega, avanza voraz el haz de los fuegos por la piel la turbulencia de los ojos vacíos, fríos, que sólo miran el revés de la trama; acamas mi pene la penetración enésima

de tus túneles, tumbamos los trópicos y el cáliz de la abundancia, el diástole de las expresiones que expresas; apresamos el núcleo de los minutos, las pulsaciones del tiempo por las sienes; los países se confunden; Nueva York entre tus manos, que manan un invierno nevado; en París parece de seda la tarde, y atardece sobre nuestros cuerpos perdidos, lanzados al espacio infinito de la entrega; las caricias, las golondrinas del amor maldito.

3. revelado del negativo

aquella tarde fingía el mar su corales profundos: allí, frente a la suave caricia marina, José S. le explicaba a Caterín el sueño de la noche anterior: «... después siguieron como una especie de titulares de periódicos que mi mente recogía igual que una cámara fotográfica, y sólo ahora es cuando puedo verlos tal y como se me imponían, pues una vez despierto, aunque intenté una reconstrucción del mismo, no fue posible, ya que las imágenes estaban aún muy confusas y se mezclaban de una manera vertiginosa en mi cabeza, no consiguiendo, por ello, lograr más que unos fragmentos de todo el proceso, y mi curiosidad, más tarde, me llevó a ir situando cada uno más o menos en el orden que (si he conseguido mi propósito) se hubieron de haber sucedido:

EN LOS INCIDENTES DE DURANGO INTERVINIERON CUATRO GUARDIAS CIVILES DE PAISANO

HEPATITIS ENDEMICA EN MADRID

MUERE EN PRISION UN MIEMBRO DEL IRA

UN PUNTO SOBRE LA I DE MARXISMO

EN UN COLEGIO NACIONAL CONVIVEN NIÑOS CON ANIMALES

EL LIBRO MAS CELEBRE DEL MUNDO EN EDICION FACSIMIL DE LA FAMOSA DE TOURS DE 1866 EL NUEVO TESTAMENTO

ilustrado por Gustavo Doré

LOS LORES AMENAZAN CON HUELGA DE CELO

CONTENEDORES FIJOS PARA BASURAS EN 33 PUNTOS DE LA CIUDAD

SUBE EL CAFE Y BAJA EL AZUCAR

EL MONOPOLIO SIGUE MARGINANDO A LOS NUEVOS MATADORES

TRAS SU ENTREVISTA CON EL DIRECTOR GENERAL DE EMPLEO, UNA COMISION DE PARADOS BARCELONESES DENUNCIA LAS MEDIDAS ECONÓMICAS

SOLO 1-0 AL BURGOS Y DE REBOTE

TAMBIEN EL MADRID

AHORRO ENERGIA

CHOQUE DE METRO ESTA MAÑANA

ABSUELTA UNA PRESUNTA ADULTERA EN ZARAGOZA

AUMENTA LA EXPORTACION DE CHUPA CHUPS

entonces, me puse a la tarea de combinar aquellas palabras entre sí con objeto de encontrarle algún sentido al sueño, y comencé (aunque el sueño se prolongó en otras direcciones) a escribir en un papel aquella palabra (una sola de cada titular), por la que sin reflexionar demasiado sobre ella (en un principio) yo esperaba descubrir, o, cuando menos, acercarme al significado que podría encerrar, y así, coloqué como primera palabra INCIDENTES del primer titular, a continuación MADRID, del segundo; MUERE, del tercero, y sucesivamente fui añadiendo PUNTO, NACIONAL, LIBRO, HUELGA, CIUDAD, BAJA, MATADORES, GENERAL, SOLO, MAÑANA, PRESUNTA y AUMENTA, el resto las fui despreciando al no encontrar en ellas ningún tipo de correspondencia con otras partes del sueño, y un poco, también, porque mi labor se vería si no dificultada al hacerse demasiado evidente el prolongamiento y la diversificación de las posibles comprobaciones, y, como además una vez colocadas así las palabras, una detrás de otra, tampoco. me dijeran nada aún, después de haber ensayado con las que pudieran servirme de ayuda, no me quedaba más que plegarme a la indiferente realidad, en la que me encontraba como perdido, pues poco era lo que yo conseguía de aquel

extraño rompecabezas, por lo cual, tras múltiples combinaciones, haciendo una sola frase con todas ellas y no habiendo llegado a ningún tipo de solución, comencé a barajar las posibilidades (sin despreciar ninguna) de pensar sobre las mismas, pero ahora ya aisladamente o, según lo que ésta viniera a sugerirme, acoplarla con otra o adaptarla a una tercera o cuarta sugerencia, etc., y de esta manera fui llenando un poco el vacío que no era capaz, de manera consciente, ya no de reconstruir, sino de intuir, y ello me hacía ver la necesidad por lo tanto que tenía de aprovechar incluso hasta la ocurrencia más extravagante o la más insólita de las interpretaciones que pudiera ofrecérseme, en caso contrario, me alejaría de aquel cometido o me extraviaría en otros proyectos que poco o nada, finalmente, tendrían que ver con aquel sueño, y fue por lo cual la primera palabra de las elegidas: INCIDENTES me condujo por una serie infinita de posibilidades, tales como incidentes familiares incidentes callejeros, incidentes amistosos: incidentes laborales, incidentes políticos, incidente nacionales (compruébese cómo aquí esta primera palabra elegida ha arrastrado en su compañía a otra que habría de venir después), esto ya pudiera ser un dato de cierta importancia, pero, momentáneamente, será despreciado para proseguir con el muestreo, incidentes policiales, incidentes sindicales, incidentes patronales, incidentes judiciales, incidentes matrimoniales, incidentes forestales,

incidentes marítimos, incidentes universitarios, incidentes económicos (aquí establece una relación aún sin mucho cuerpo con las palabras AUMENTA Y BAJA, pero relación al fin y al cabo), incidentes medicinales, incidentes municipales, incidentes militares, (también aquí busca el apoyo de GENERAL), incidentes teatrales, incidentes ciudadanos (donde se hace más patente la relación con la palabra CIUDAD, y que, asimismo, atrae a la formación ya anteriormente citada de incidentes callejeros), incidentes fronterizos (obsérvese cómo la palabra PUNTO entra en contacto), incidentes religiosos (aquí establece una evidente tensión aunque ambigua todavía en un plano de significaciones, con las palabras MUERE y MAÑANA), incidentes obreros (se suma la palabra HUELGA, que a su vez establece un contacto con los grupos de incidentes sindicales e incidentes patronales, ya aparecidos), incidentes taurinos (compruébese la palabra MATADORES), incidentes madrileños (ataca directamente ya a la palabra MADRID, y al mismo tiempo se corresponde con incidentes callejeros y con incidentes ciudadanos de una forma abierta), y continué: incidentes mortales (al llegar a esta palabra, MUERTE, que se asocia sin ningún tipo de enmascaramiento, comencé a caer en la cuenta de que no andaba muy desencaminado en mis presuntas sospechas y que, por otra parte, si tal vez era pronto para poder encontrar el sentido de la clave que perseguía no era menos cierto que disponía

al haber llegado a este punto de una serie de pruebas irrefutables, a las cuales, desde ese mismo instante, no podía echar en el olvido, y menos aún dejarlas fuera de mi investigación, por descuido o negligencia, redoblando, así, mi vigilancia), incidentes mercantiles, incidentes pasionales, incidentes ferroviarios, incidentes académicos, incidentes huelguísticos (las pruebas, a medida que avanzaba en la indagación, se hacían más claras e incuestionables, como la incorporación de esta otra palabra: HUELGA), incidentes invernales, incidentes deportivos, incidentes palaciegos, incidentes generales (sin ninguna, duda, ahora, veía cuál era el camino a seguir hasta el final), incidentes mañaneros, etc., y así una vez agotadas todas las posibilidades que me ofreció la primera palabra elegida, continué el mismo ensayo con la palabra siguiente: MADRID, y ordené Madrid de noche (aquí esta-blecía ya su primera relación con la palabra MAÑANA), llegar a MADRID, vivir en Madrid (nueva aportación que iba a encontrar su equilibrio en MUERTE), sucesos de Madrid (encontré que casaba con HUELGA, con MU ERE, con INCIDENTES y, vagamente, con PRESU NTA t calles de Madrid, itinerarios de Madrid, Madrid bajo la niebla (véase BAJA), Madrid en primavera, Madrid y el turismo, Madrid en su parte vieja, vertederos de Madrid, mercados de Madrid, cines de Madrid, monumentos de Madrid, Madrid en tiempos de Felipe IV, Madrid y el río Jarama, la plaza de Santa Ana en Madrid, la plaza Mayor de Madrid, Madrid y el

chotis, Madrid y los chulos, etc., y, en seguida, me puse a ordenar con avidez MUERE (pero generalizando un poco las posibles interpretaciones), por lo que surgió: muere en la mañana (primer contacto con la palabra MAÑANA). muere durante una huelga (segundo contacto que venía a poner ya un irremediable acento de premonición, aunque al final del proceso hubiera de interpretar una frase (sentido) opuesto, pero que, en mis adentros, yo ya conocía, no atreviéndome, por lo mismo, a quebrar la indagación en este o en el otro punto por la sencilla razón de que esperaba, bien que sin mucha confianza, una posible sorpresa que, de surgir en el transcurso de las palabras que aún faltaban, me libraría del mal presentimiento que para mí había supuesto este nuevo contacto que yo deseaba al final de la prueba, de otro signo), muerte de un perro, muerte de un niño o, muerte de las ideologías, u n caballo muere, muere en la bañera, muere al cruzar la calle (compruébese MADRID), muere ante el televisor durante el partido del año Real Madrid-Barcelona, muerte de un general (otra aproximación evidente), muerte presunta de un anarquista, etc., después, ordené las restantes palabras con todos los significados que habían venido a aportar los diferentes grupos de frases, unas veces sumando o mezclando significados y frases, otras, sólo eligiendo una palabra de una de las nuevas frases o únicamente un sentido parcial de alguna de las mismas, y llegué a la siguiente conclusión: o bien, el sueño podía estar

contenido en alguna frase (que como un titular más ocupaba una parte de lo que mi memoria había olvidado), de las que ahora era posible establecer con los retazos de las anteriores asociaciones, o bien el sueño carecía de otra importancia y debía, por lo tanto, abandonar mis pretensiones de que el mismo encerrara un preaviso, un oculto mensaje de los días por venir, así, leí en una de las ocasiones: MUERTE DE UN ACTIVISTA EN MADRID DURANTE UNA HUELGA, y, sin encontrar nada significativo ni alarmante en ello, pasé adelante: PR ESUNTA MUERTE DE UN GENERAL EN U NA CALLE DE MADRID, lo cual tampoco me aclaraba mucho, y seguí haciendo numerosos intentos en esta dirección, hasta que comencé a sentir el peso del desaliento, entonces, ensaye otras posibles interpretaciones: INCIDENTES DURANTE LA HUELGA (que tampoco me deparaba nada sorprendente), INCIDENTES EN UNA CALLE DE MADRID, etcétera, me ofrecían sólo imágenes muy directas y yo buscaba otra cosa, por ello, y una vez agotadas todas las posibles combinaciones, y al no darme ninguna de las conseguidas hasta ahora una pista más o menos esclarecedora, anoté como dato curioso lo único que verdaderamente se hizo resaltar a lo largo de toda la investigación y que además, se repetía en casi todas las muestras: la palabra MUERTE, que sin saber por qué ni para qué se había convertido en la palabra que tal vez, de tener que encontrarse en alguna de ellas, guardara el mensaje del

sueño que no había sido capaz de desvelar, a no ser, y esto penetró en mi pensamiento cuando había olvidado al cabo de unas intensas horas todo lo concerniente a mi especulación, que algo (posiblemente ¿un titular?), o Una palabra que no había surgido en ningún momento, escondiera el sentido de aquel difícil enigma, pero ¿qué palabra podía ser?, ¿cómo reconocerla si no formaba parte de las que fueron sometidas a investigación y que eran, por su lado, las únicas sobre las que tenía algún sentido operar?; la duda vino a embargar otra vez mi ánimo de manera que ya no me fue dado el descanso en todo el día, ensimismado como quedé ante la puerta que sigilosamente (¿quizá?) se me abría de improviso, y no era para menos la agitación y preocupación que siguieron después, cuando, tras un enorme esfuerzo, y sin haber hecho ningún descubrimiento revelador, José S. pensó que, efectivamente, de haber una solución, ésta habría de buscarla (o se encontraría), aunque no la buscara, en otra parte, en los vacíos instalados en su memoria, que hacía ya no difícil, tal como se presentaban las cosas, sino imposible su desvelamiento, y ni la presencia de Caterín consiguió aliviar su preocupación y el desaliento que ya lo dominaba, pues para él no cabía la menor duda de que en aquel sueño se encerraba algún mensaje que su vida, ajena al mismo, habría de sufrir, y no le agradaba, según dijo, ser víctima de ningún acontecimiento irracional, tuviera éste el sentido que tuviera, y ya empujado al borde de la

desesperación, volvió en los siguientes días a intentar otras formas, a combinar (ahora al revés) las palabras y sus significados, y se encontró, después de agotadores ensayos ante una perspectiva inédita que arrojaba un poco de claridad en aquella nebulosa por la cual se movía: ¿cómo no había caído antes en ello?, ¿es que había dejado pasar esta idea que ahora hacía la luz en su cabeza de una forma deliberada, o bien por alguna extraña razón, no pensó que esa había podido ser, igualmente, una de las vías que hubieran de llevarlo al final de la trama?, no era capaz de darse una respuesta, pero allí tenía ante él, ahora, tal vez en sus manos, definitivamente, el hilo del enigma: en una más de las innumerables vueltas que había dado al rompecabezas de palabras, frases, significados, combinaciones, etc., se dio de golpes con ANIMALES, la única palabra que no había hecho entrar en la parte de aquellas fórmulas seriadas y que, sin embargo, estaba ya desde un principio entre las que correspondían a uno de los titulares que le fue posible retener del sueño, y la veía ahora ante él, formando parte de la noticia: EN UN COLEGIO NACIONAL CONVIVEN NIÑOS CON ANIMALES, esa era la palabra: ANIMALES, ¿cómo la podía haber despreciado?, o, en el mejor de los casos, ¿por qué, si no fue desprecio, no puso la misma atención que le dedicó a otras?, ¿quizá por estimar que ANIMALES no era precisamente una palabra que tuviera la misma fuerza de sugerencia que las restantes?, ¿y

cómo había sido tan ingenuo cuando, desde un principio, sabía que nada, por absurdo que hubiera de parecerle, tenía que ser rebajado si realmente quería llevar a buen término su propósito?, pero ¿de qué animal se trataría?; en su mente se agolparon como por encanto una serie de interrogantes que no trató de responderse, pero que, bien a su pesar, le descubrían ante la realidad presente que un cierto azar había venido a colaborar con él, y pensó con amargura que si había ocurrido así era más que probable, entonces, que el sentido de aquel sueño (que se prolongaba ya en la realidad), habría de ser algo irremediable, cuyas consecuencias por ahora desconocía, pero que de la misma manera que escapó a su control la palabra más necesaria, igualmente podía suceder que le resultara de todo punto imposible sustraerse a la evidencia de lo que habría de acontecerle, y, lejos de disponer una estrategia acorde con esa hipotética amenaza, pensó, ni el azar acepta compromisos ni yo tengo más alternativa que seguir adelante, pues lo contrario sería un retroceso a estados uterinos, y así fue como una vez encontrada la huella de aquel sueño, perdida por quien sabe qué parte de sus hemisferios cerebrales, y recobrada después de laboriosas tentativas, a pesar de inducirle a no muy consoladoras reflexiones, trató de recomponer, por otra parte, la exacta imagen de aquella noche y, haciendo acopio de una alegría que estaba lejos de experimentar, le expuso a Caterín el

motivo último de lo que para él resultaba inquietante en aquella fascinante señal: cuando en un momento sentí que todo mi ser se había convertido en una pastilla de jabón, las sensaciones sentidas aun en los estados conscientes en que recurrí a la evocación, parecían tener o conservar la misma fuerza, lo único que en esa división (bajo esa extraña forma toda mi naturaleza), me era dado pensar o intuir, era que la pastilla se pudiera conservar intacta, pues, como por un hilo invisible se acercaba el elemento que me hacía temblar, o llorar, o desesperarme vanamente: el agua, y así me encontré en el suelo, caído, sintiéndome vivir dentro de aquella pastilla de jabón y viendo cómo se arrastraba hasta mí un hilo de agua que, primero, como si el minúsculo cuadrado en el que me veía convertido en ese instante tuviera también ojos, había divisado a lo lejos (y pensaba desde algún fondo ignorado) que tal vez no llegaría hasta mí (hasta la pastilla, que era yo), que se desviaría o, en el peor de los casos, que en nada habría de afectarme, pero si precisamente ese era mi deseo, la llegada de aquel hilo de agua que se arrastraba por el suelo hacia mi encuentro, y que parecía cada vez (a medida que se aproximaba) más abundante, venía a ofrecerme lo que yo (desde mi interior inesperado) rechazaba con unas fuerzas que no conocía, pero que eran o podrían ser consideradas a las de cualquiera en una situación consciente y en la que hubieran de ser empleadas por alguna causa más o menos parecida de

preservar la conservación, pues de eso se trataba, toda vez que el agua al haberme tocado y, sin saber cómo, también rodeado, comenzó su labor de desgaste, o, para encontrar el más justo sentido de aquel terrible momento (yo era el objeto que sentía), me vi indefenso ante el agua que, poco a poco, parecía aumentar de volumen con respecto a mí (pastilla de jabón), o quizá yo entonces ya empequeñecía merced a la labor destructora del agua que se había filtrado por debajo, y así, lentamente, entre un caos de sensaciones me sentí socavado más y más, y como un hilo punto de romperse, pensé, pues de seguir el agua gastándome, socavándome, algo se iba a romper allí dentro (yo no sabía en donde), pero ciertamente no en mí, sino en la pastilla de jabón, ¿no en mí?, aquí me equivocaría en toda la regla, pues, ya lo he dicho, se trataba que la pastilla de jabón contenía en sus adentros toda mi sensibilidad, mi ser pensante o toda mi capacidad de sentimiento, entonces, he de decir que algo, efectivamente, se iba a romper en mí, y el agua, en un principio limpia, aparecía ahora en el transcurso de aquella lucha que prologábamos; espumosa y llena de burbujas, y yo o la pastilla de jabón, al final ya era lo mismo (aunque la separación puedo hacerla ahora), pues allí yo era sólo, una vez más he d decirlo, sólo la pastilla de jabón con todo mi ser dentro, cada vez más disminuida y esforzándome por mantener la menor porción, rebajada segundo a segundo, de aquel yo mío que, en una respiración

entrecortada, entre extrañas agitaciones y no menos extrañas sensaciones de acabamiento, veía acercarse un final irremediable para aquel nudo de sentimientos que golpeaba en el centro y por los lados o, más ciertamente, en todo lo que había sido y en lo poco que iba quedando de aquel molde de jabón, fue así fue deteriorándose, progresivamente, hasta quedar reducido a una esquina, o quizá cuando ya sólo era un diminuto ángulo en el que se había concentrado todo mi ser, que se debatía y próximo también a un desenlace, pues la tensión habría de haber llegado, en esos momentos, a un límite insoportable, y el agua subiendo de nivel y a cada instante ganando terreno sin otra oposición que la de mi desconocida existencia, que había convergido allí, y que por veces parecía sólo estar reducida a aquella extraña forma con la enorme intensidad de su propia mirada, es decir, ya como un ojo, solo que se contemplaba a sí mismo entre la oleada de salvajes impresiones que venían aún a traspasarlo como si se comunicara a través de una red invisible con los otros órganos ausentes del ser abandonado a la deriva del inmenso e innombrable dolor que suponía verse minado por el agua, más y más, hasta sentirse casi una pizca, una escasa partícula, una burbuja con el mínimo peso específico posible... y, en ese punto, alguien hizo un ruido, se encendió una luz, y escuché como a través del tiempo estas palabras: «José, hijo, ¿te ocurre algo?», «no, no, ¿qué podía

ocurrirme?», respondí con una voz que no era mía, «no sé, hijo, me pareció que...», mi madre volvió a apagar la luz ante mi medida observación y pensando que nada extraño ocurría, o me sucedía, como debió desprenderse de su rápida observación ocular en torno y se alejó tras cerrar la puerta; después, aún escuché sus pasos hacia el fondo del pasillo..., «no debes inquietarte», respondió Caterín, como quitánd9le importancia a lo que acababa de contarle, «los sueños a menudo se quedan en eso y, además, son por lo general manifestaciones reflejas de otros estados conscientes, aristas de hechos cotidianos que, al no haber reparado con detalle en ellos se nos vuelven en el sueño como más imperiosos y, por eso mismo, parecen en su transcurso más agobiantes, incluso sin esforzarte caerás en la cuenta de que los rasgos más imprecisos cobran una gran nitidez, llegando a configurar un doble sentido, o múltiples sentidos», y sonrió de una manera encantadora, «sí», dije sin mucho calor, «es posible no es necesario que todos los sueños se cumplan, basta con tenerlos...», y como adivinara una punta de ironía en aquellas palabras, añadió: «¿sabes una cosa, José?», «no», respondí con sinceridad (pues realmente desconocía lo que ella podía saber o estar pensando en ese momento, «a veces creo que eres un paranoico», dijo, y se adornó con un movimiento burlón de sus ojos tan adorable al decirlo que me contagió su alegría,

«sí, sí», se agitaba, «hasta los sueños te persiguen...», pero yo la envolvía ya con mis abrazos ahogando sus palabras.

4. territorio del éxtasis

era indudable, a pesar de las muestras de tranquilidad con que, aparentemente, José S. revestía cada uno de sus gestos o movimientos, o, aunque su habitual frialdad no dejaba aflorar el verdadero estado de ánimo que lo gobernaba, que algo le inquietaba seriamente tras haber compuesto aquella parte del sueño: en realidad, para él se resumía después de todo en la misma palabra que había venido repitiéndose a lo largo de aquella especie de revelado del sueño: MUERTE, porque ¿cómo si no entender el oscuro significado de aquella descomposición?, no quedaba suficientemente claro el sentido ahora que el transcurso de los días lo habían sumido en nuevos preparativos que, a través de unos hilos muy sutiles, se comunicaban en alguna forma con la espera que J. S. hacía en la habitación de aquella casa?, por lo demás, ¿cómo ignorar el sentido final de aquella descomposición?, ¿qué otra cosa, pensó, habría de ser la angustia que recorría su pulso?, ¿a quién, que no fuera a él podría dirigirse entonces el mensaje de muerte que encerraban aquellas imágenes de pesadilla?, ¿es que acaso no lo tenía anotado minuciosamente todo, desde los primeros estados de ánimo hasta las reacciones posteriores,

cuando, ya consciente, hurgaba en los recovecos de la memoria, y las posibles modificaciones (involuntarias) que llegó a descubrir en algún momento?, ¿para qué conservaba, pues, aquellos escritos, sino para afirmarse a sí mismo en la idea de que sólo a él hubiera de afectarle su contenido?, y entonces recordó cómo también, alguna vez, había recibido ciertas sugerencias sobre:

II. LA CORRESPONDENCIA Y LOS APUNTES

Escribir lo menos posible. Mejor no escribir. No tomar notas sobre temas delicados: más vale memorizar ciertas cosas que tomarlas por escrito. Para ello ejercitarse en retener por procedimientos mnemotécnicos las direcciones, y particularmente los números de las calles.

el cuaderno

en caso necesario, tomar notas inteligibles, sólo para uno mismo. Cada quién inventará procedimientos de abreviatura, de inversión y de cambio de las cifras (24 por 42; 1 significa g, g significa 1, etc.). Poner, uno mismo, nombre a las plazas, a las calles, etc.;

para disminuir las posibilidades de error, valerse de asociaciones de ideas (la calle Lenoir se convertirá en La Negra; la calle Lepica... en erizo o espina, etc.).

las cartas

Con la correspondencia, tomar en cuenta los gabinetes negros. Decir lo mínimo de lo que haya que decir, esforzándose por no ser comprendido más que por el destinatario. No mencionar terceros sin necesidad. En caso de necesidad, recordar que un nombre es mejor que un apellido, y que una inicial, sobre todo convencionales mejor que un nombre. Variar las designaciones convencionales.

Evitar todas las precisiones (de lugar, de trabajo, de fecha, de carácter, etc.). Saber recurrir, aun sin entendimiento previo, a estratagemas que siempre deberán ser muy sencillas, y trivializar la información. No decir, por ejemplo: «el camarada Pedro fue detenido», sino «el tío Peter cayó enfermo repentinamente...» Recibir la correspondencia a través de terceros.

Sellar bien las cartas. No considerar los sellos de cera como garantía absoluta; hacerlos muy delgados; los más gruesos son más fáciles de despegar. Un buen

método consiste en pegar la carta por detrás de la cubierta y recubrir la pestaña con un elegante sello de cera.

Recordar siempre: «Dame tres líneas escritas por un hombre y te lo haré detener.»

Expresión de un axioma familiar de todas las policías.

y ahora no recordaba, no podía recordar cómo había llegado hasta allí, qué desviaciones hubo de haber transitado, en cuáles haberse perdido para que se le hiciera tan difícil el reconocimiento del territorio que aparecía ante él: una llanura inmensa que moría en un horizonte lejano donde entra la bruma o la niebla que se extendía por doquier sobresalían las altas torres, al límite ya del horizonte, de lo que pudiera ser el edificio palaciego, más que sobresalir asomaban sus contornos de un oscuro más intenso en aquella semiclaridad lechosa y turbia; y a la redonda la vida semejaba no existir, como si un cataclismo hubiera arrasado hasta el más mínimo vestigio de naturaleza, sólo un arenal extenso ante sus ojos bañado por aquella luz fantasmal o de otro tiempo, el silencio lo envolvía, caminaba muy despacio, hundiendo los pies en aquella masa arcillosa, otorgándose a cada rato un prolongado descanso que aprovechaba para sentarse, o permanecía tumbado, de espaldas contra el

suelo, y, al reemprender la marcha, sólo el rumor de sus pisadas desplazando la arena era el único acento que se escuchaba al lado de su respiración, en aquel paisaje desolado y vacío, su cabeza parecía, también, flotar por aquel ámbito alejado del mundo, tanto le costaba darse cuenta no ya del lugar que atravesaba, ni del sentido del viaje, sino lo que verdaderamente estaba ahora impedido de comprender, por qué en aquel territorio, cómo había llegado hasta allí, cuál era el destino de su peregrinaje, si hubiera encontrado en sí mismo un punto de apoyo más real que la ciega inercia que lo arrastraba, tal vez hubiera sabido darse una explicación al menos provisional para aquellas preguntas, pero si su cabeza parecía estar tan vacía como lo que la vista abarcaba hacia el horizonte, por detrás o hacia los lados, también el resto de su ser parecía levitar sobre la gravedad que mantenía la vertical de su cuerpo, y, unas veces distinguiendo los brumosos perfiles de las torres y otras, al contrario, proyectando su mirada ante aquel total y silente abandono, como si las mismas hubieran misteriosamente desaparecido, o fueran hurtadas sin saber de qué manera al alcance de sus ojos, avanzaba a trozos indistintos, perdiendo en incontables ocasiones la exacta orientación por la que en momentos se había conducido, pero era fácil suponer que la irregularidad con la que se movía habría de ser impuesta por la escasa visibilidad, de un lado, y también, por otra parte, debido a la ausencia de

elementos, bien naturales o artificiales que, de existir allí, hubieran servido de innegable ayuda para establecer un más certero desplazamiento, y así, entre olvidos de su propio cuerpo, del peso que lo hundía sobre la tierra, atravesaba aquel desierto (¿atravesaba?) de algodón en rama, como un enorme plexiglás lechoso, desasistido de cualquier voluntad que pudiera al menos accionar su dormida memoria, la ciega palanca de los recuerdos, o el ávido deseo de un después cualquiera, o no recorría tal vez ninguna distancia, como él creía, sino que muy bien pudiera estar dando vueltas sobre una blanda superficie que, incluso, empezaría él mismo a poner en duda como algo real tan impotente se encontraba para saber o comprender lo que ocurría en aquellos momentos, ¿cuánto tiempo llevaba caminando?, o, ¿de alguna manera, se desplazaba?, de ser así, ¿en qué dirección?, pero ¿habría de ser importante una dirección?, ¿y si no la hubiera?, entonces, ¿cómo se encontraba allí y qué hacía en aquel lugar?, ¿no podía haber sido llevado en un estado inconsciente y abandonado más tarde?, pues, ¿cómo hubiera de ser comprendida la perplejidad que le causaba aquel entorno y la dificultad considerable que hallaba en desplazarse?, y si no había ninguna posibilidad de algo más concreto que el espacio vacuo que lo negaba, entonces, podía retroceder si lo hubiera deseado o, asimismo, proseguir su ciego caminar una vez más a fin de llegar no importaba a dónde, con tal de llegar a alguna parte,

y por momentos se hacía todo como más esponjoso, casi húmedo, y su cuerpo parecía atenazado por una extraña lentitud, que era transmitida a sus brazos, a sus piernas, y cualquier movimiento intentando una progresión en el sentido de la marcha se convertía en una imagen retardada, doblemente retardada, según ésta hubiera de ser apreciada de frente (por su situación frontal) o un poco más ladeada, en un escorzo, o de perfil, o hasta completamente de espaldas, no importaba la óptica de aquella perspectiva, desde cualquier ángulo que hubiera sido observado, alguien creería estar viéndolo, en esas sucesivas imágenes retardadas, de frente o en un ligero escorzo o de espaldas, como en una danza o ritual convocando las fuerzas que habían escapado de su cuerpo, o también como si pretendiera rasgar o romper la blancuzca gasa atmosférica que lo cubría, o más ciertamente, que cubría aquel territorio, unas veces tupida y otras porosa, por lo cual poco a poco y sin haber adquirido jamás noción del tiempo transcurrido, ni de los verdaderos límites de aquel espacio, se encontró en un momento a.nte la sombra que, por aquella parte, proyectaban las torres de lo que en principio hubiera creído el palacio, y si estaba ante el pie de la sombra que aquéllas proyectaban no por eso había de pensarse que estuviera cerca de ellas, toda vez que conocido el deshabitado contorno, era de suponer que las mismas torres habrían de estar, por lo tanto, mucho más lejos de lo que

ahora él mismo se hacía concebir, y, en caso de que en un giro desatinado o en un cambio repentino de su dirección no volviera a perderlas de vista, lo cual entraba igualmente dentro de lo posible, hubiera sido como no haber llegado hasta la sombra que, ahora, él ganaba con un estupor indecible, pues era como haber traspasado Una puerta tras la que quedaba un insondable espacio, cegador, para entrar en un reducto no menos inesperado: sus ojos avistaron de golpe el campamento sobre el que flotaba una nítida penumbra, a la distancia de unos metros del lugar en que se encontraba vio desfilar ante él a un número no determinado de mujeres, desnudas por completo, llevando en una mano algo así como una sombrilla de muchos colores, que hacían girar por el mango a la.altura de sus cabezas, su andar era muy medido, pausado, y los movimientos también eran extremadamente lentos, iban de una en una, a veces se formaban grupos de dos o más mujeres que se disgregaban sin tardanza, pero no hablaban, movían los labios intermitentemente, pero ninguna voz salía de su boca, ningún sonido, ningún ligero ruido ni bisbiseo, ni eco, nada, cuando hubieron desaparecido tras una especie de tienda de campaña se formó por el mismo recorrido otra comitiva, esta vez de hombres, que surgieron montados sobre enormes perros y pudo observar que también estaban desnudos, sólo una capucha negra cubría sus cabezas, sus ojos miraban por entre las aberturas del género y cada uno

sostenía en una mano una vela encendida, tampoco hablaban, y los enormes perros que hacían de montura se desplazaban con una extraordinaria pesadez, no hubiera sido capaz de decir cuántas veces, de haber sido más de una, habían efectuado aquel rodeo, hasta que un grito desgarrador rompió el velo del silencio; en ese instante, aquella extraña comitiva se dirigió con el mismo aire solemne hacia un punto que equidistaba, con seguridad, a bastante distancia de donde él se hallaba ahora, y aunque los siguió no sin cierta premura, tropezando contra informes bultos esparcidos aquí y allá por el suelo, bultos que intuyó en su precipitación como las sombrillas, cerradas o abiertas, indistintamente, ya abandonadas, sólo pudo quedar detrás de la barrera que formaban aquellos cuerpos que se habían congregado alrededor de alguna casa (los perros no se veían tampoco por ninguna parte), formando casi un perfecto semicírculo, él intentó aproximarse más, con sigilo, aprovechando la fijeza y la rigidez casi estatutaria de aquellos personajes, ante lo que concentraba, posiblemente, de manera tan extraordinaria su atención, y se sobresaltó cuando de forma inesperada fue a darse cuenta de que estaba entre ellos, como uno más, contemplando a una mujer de cuerpo muy bello que se encontraba desnuda y atada contra dos maderos en forma de equis, pero nadie le prestó atención ni despertó el menor recelo su presencia, de ser advertida, si eso hubiera sido lo que pasaba en aquel

instante por su pensamiento: a los pies de la mujer ardía una pequeña hoguera circular y en la superficie que el fuego,dejaba libre, un gigantesco animal parecido a un alacrán, ¿o era realmente un alacrán?, se agitaba entre violentas convulsiones, sus pedipalpos se retorcían con furia contra el suelo, y de vez en cuando soltaban un vibrante golpe al vacío, con ellos o con su impresionante aguijón curvado, como buscando el cuerpo de una víctima, su caparazón se convulsionaba sin tregua y parecía hinchar por momentos, a medida que transcurrían los segundos la tensión iba en aumento y él sintió cómo en aquellos cuerpos empezaba a nacer una agitación que parecía transformarlos, seguían ignorando que estaba entre ellos o tal vez no les importaba, puesto que de alguna forma si conservaba sus ropas tal y como llegó hasta allí, no era de extrañar, entonces, que más fácilmente hubiera podido ser descubierto, la mujer mantenía el rostro inclinado, un poco oculto por su larga cabellera que, desplazada por los espasmos qué habían comenzado a invadirla, dejaba ver ahora casi por entero; sus facciones eran perfectas, sus pechos se movían como recorridos por un temblor, los pies de la mujer tocaban el suelo y daba la impresión de que hubiera sido para ella relativamente fácil desligarse de los escasos cordeles que la fijaban a los maderos, por lo cual se llegaba a la sospecha de que más bien aquella sumisión era voluntaria, su boca empezó a emitir los primeros gemidos

humanos que se escuchaban después de aquel grito primario, ¿pero eran ciertamente gemidos?, más bien, pensó, se trataba de una mezcla de deseo y dolor lo que aquella excitación gutural venía a susurrar en su oído, pero, cualquiera 'que hubiera de ser el contenido de los mismos no dejaba de herir por ello una parte de sus fibras sensibles, y, sumido en ese pensamiento, no se dio cuenta de que uno de los hombres se adelantó unos pasos y alzó la vela que sostenía en una mano por encima de su cabeza, repitió aquel movimiento tres veces seguidas, tan sólo separadas por la febril agitación de la mujer atada, que subía de tono; vio también como las demás mujeres se adelantaron otro paso después de que la vela hubo descendido por última vez y se arrodillaron casi a un tiempo, manteniendo ellas sus pabilos alzados en una mano, el resto de los hombres dio igualmente un paso hacia adelante, pero se quedaron de pie, él los imitó, más que nada para seguir creando la ilusión de que allí no era un extraño, las miradas volvieron a caer como hipnotizadas ante el enorme alacrán que había conseguido hacer una especie de barrido en círculos dentro del que le delimitaba la hoguera y se mostraba como paralizado, esperando algo, el hombre más adelantado del grupo, el mismo que había sido causante de esta nueva disposición, con la planta desnuda de su pie fue apagando la hoguera, que por alguna parte estaba ya reducida sólo a rescoldos; el alacrán, entonces, hizo un movimiento brusco y se desplazó

por el terreno en dirección a la mujer crucificada, ahora fuera del círculo de fuego, parecía aún mucho más grande, quizá debido a la distensión de sus múltiples miembros, la mujer lloraba y reía a un tiempo presa de terribles convulsiones y jadeos, su mirada estaba igualmente clavada en el alacrán, que efectuaba de catalizador, pues sólo se vigilaban sus movimientos; repentinamente, sin poder saber si aquello ocurría como algo inesperado o no, el enorme alacrán trepó por una de las piernas de la mujer y se detuvo un poco más arriba de la rodilla; una vez allí, pareció encogerse, agazaparse; por la boca de la mujer resbalaba una espumilla blanca entre estertores sofocados, entre gritos de éxtasis o sollozos ahogados por la emoción que la azotaba de nervio a nervio; respiraba a intervalos profundos y sus bellos pechos oscilaban en un movimiento rítmico; la claridad que desprendían las velas encendidas, también, parecía ahora mayor al estar todos los miembros más agrupados, y, un resplandor inusitado cortaba el cuerpo de ella en zonas de luz y sombra; José S. sentía en sus adentros una extraña inquietud que lo turbaba, un confuso sentimiento de deseo y repugnancia creyó que estaba naciendo en él desde hacía rato, y no pudo reprimir un breve encogimiento de su piel; con el rabillo del ojo efectuaba por momentos un sucinto recorrido del cuerpo de algunas de las mujeres, a las que podía ver casi por entero sus pechos, la línea ventral hasta la vagina, igualmente, a intervalos

distintos que reclamaban su atención; su mirada escapaba hacia el cuerpo de los hombres, de los cuales no podía ver su cara, pero sí en cambio sus brazos, el tórax o el pene casi erecto, las piernas velludas, y aplicando con más detenimiento su atención creyó ver que algunas mujeres tenían tatuado una parte del cuerpo; el alacrán permanecía inmóvil, sólo de vez en cuando sus pedipalpos, o, quizá las pectinas, temblaban como inspeccionando el terreno, sus ojos reencontraron la figura de la crucificada, que parecía sonreírle a él, y José S. hubiera creído reconocer algo familiar en aquellos rasgos, de no ser porque aceptarlo había sido una extravagancia carente de sentido, dudó largo tiempo, y volvió a fijar su mirada en la mujer, parecía increíble, pero ella estaba allí, no había duda, era ella, ella y sus labios se movieron sin que hubiera tenido que intervenir ninguna voluntad, ningún esfuerzo, y susurraron: «mamá, mamá, mamá...», y le pareció que ella había escuchado sus palabras y aún le pareció oír, entre el griterío que estalló inesperadamente cuando el alacrán, con un brusco movimiento, se desplazó un palmo más y llegó hasta la entrada vaginal de la mujer, que había mencionado su nombre: «José, José», y también creyó ver que unas lágrimas resbalaban por su rostro, pero el silencio anterior se había trocado en un espantoso aullido colectivo, en una histeria desencadenada, ahora aquellos cuerpos se movían frenéticamente, como presos de una energía poderosa, y las

velas recortaban en su vaivén todos los perfiles, salpicando gruesas gotas de cera; él se mantenía involuntariamente desplazado, aupándose como podía por detrás de aquellos cuerpos que le cerraban el paso; el alacrán había penetrado ya por el conducto vaginal y la mujer se estremecía de dolor y de placer ante el trabajo de zapa que, tal vez, el animal iniciaba en su cavidad sexual, así transcurrió algún tiempo, que no le hubiera sido dado establecer en ninguna medida, en medio de aquel delirio de cuerpos, gritos; risas, llantos, convulsiones, y cuando uno a uno los hombres iniciaron ahora una nueva marcha que era seguida, asimismo, por la formación de las mujeres, José S. pensó por un instante que había llegado el fin de aquella ceremonia, la crucificada ofrecía, tras haber caído en varias ocasiones bajo un extraño sopor, un aspecto más tranquilo, una cierta laxitud respiraba en su vida, donde poco antes todo era desgarramiento y tortura, y no era difícil imaginar que el alacrán hubiera de haber muerto asfixiado o aún, en el peor de los casos, se encontraría agonizando, pero, ¿por dónde?, y él se sintió sobrecogido al no poder hacer nada por su madre y aceptando, en su fuero interno, el desamparo en que la dejaba, porque ¿a quién iba a pedir explicaciones?. ¿qué hacía su madre entre aquellas gentes?, ¿cómo había llegado hasta allí?, ¿qué oscuro designio, a él y a ella, los había reunido en ese lugar?. y su reflexión se vio interrumpida al ver que el primero de los hombres, que aparecían ahora en

una formación sumamente arbitraria, avanzaba hacia su madre, con la piel húmeda y brillante por el sudor, con el pene erecto, y una vez ante ella se arrodillaba, extendiendo sus brazos, que acariciaban trémulos las piernas de ella y ascendían a medida que él también se erguía y rodeándola, por fin, en un abrazo, la violaba entre las profundas respiraciones de los que observaban hasta que aquél hubiera conseguido la eyaculación y, entonces, el siguiente venía a reemplazarlo, y así uno tras otro, ¿cuántos?, trece, veinte, cuarenta y tres, doscientos, no lo sabía, pero el horror de José S., que ya estaba a punto de traspasar todos los límites, se fundió con aquella atmósfera al verse avanzar, él, José S. como si hubiera salido de aquella formación, siendo uno más y encontrándose acariciando a su madre, violándola hasta enturbiarse su memoria en el éxtasis; después, las mujeres iniciaron su aproximación a la crucificada, a la que besaban por todo el cuerpo y, habiéndose retirados todos, formaron a corta distancia del totem un círculo, y otra vez llenos de una agitación sin medida, entre una confusión de cuerpos, de brazos y de piernas, comenzaron a introducir las velas encendidas que, habían vuelto a recoger y que aún sostenían en las manos por el conducto vaginal, por el ano, los hombres haciéndolas penetrar en la vagina de las mujeres, ellas haciéndolo en el ano de los hombres, y después, indiscriminadamente, entre todos, sin que se pudiera distinguir en aquella turbamulta

otra cosa que la masa sudorosa y vibrante de los cuerpos abandonados a su carnal instinto; más allá y atada a los maderos, su madre ya no respiraba; estaba muerta, y cuando José S. comenzó a darse cuenta de que el silencio más absoluto volvía a reinar en torno, se restregó los ojos como si despertara en aquel momento y acudió al lado de su madre; pro los maderos en forma de equis estaban solitarios, nadie pendía colgado contra ellos, y no quedaba el menor rastro de su madre, que momentos antes, ¿momentos, sólo?, se estaba debatiendo en un ciego furor sexual; allí, cerca de la base de uno de los troncos, el alacrán se estremecía levemente, más hinchado y más brillante, más tranquilo y majestuoso, y al aproximarse José S., el animal incorporó una parte de su cefalotórax y pareció mirarle, y él reconoció entonces a su madre, tuvo la certeza de que ella habitaba ahora el cuerpo del artrópodo y el corazón se le encogió de amargura, «mamá, mamá», dijo para sus adentros, pues ella no hubiera podido escucharlo, sin embargo, le pareció que desde el fondo del animal ella musitaba su nombre, «José, José», y una idea empezó a abrirse camino dentro de su cabeza: si su madre había de significar para él una carga embarazosa, tal como se encontraba en aquel estado, y si hubiera de resultar ya inevitable aceptar así las cosas, no pensando en que las mismas fueran a cambiar tan pronto, entonces, el mejor entendimiento de la situación habría de venir ofrecido por

un trato especial, por una función acorde con la nueva realidad y que él estaba dispuesto a llevar hasta donde fuera, y lo primero que se le ocurrió fue que, por ninguna causa, a partir del momento en que aceptaba la misión de compartir con ella aquella existencia bajo condiciones tan extremadamente difíciles como eran las que presumiblemente el porvenir habría de depararles, podría dejarla sola ni un segundo, ni apartarse de su lado más que lo estrictamente imprescindible, y volvió a mirar al animal lleno de ternura, al tiempo que su mano dibujaba una caricia que se instaló solo en el hueco que la forma había descrito en el aire, pues al bajar la palma de la mano hacia el artrópodo, éste vibró con un zumbido metálico y se deslizó u nos centímetros hacia su costado izquierdo, «aún no se ha recuperado», pensó José S., «ha tenido que sufrir mucho», y, en seguida, se puso a inspeccionar el terreno con la esperanza de orientarse y poder emprender, ya con su madre, a la que aún no sabía cómo iba a alojarla, el camino de regreso a casa, dio unas cuantas vueltas sin perderla de vista y llegó a la conclusión de que estaban en un descampado, pues a lo lejos, y aunque comenzaba a romper ella había creído ver los tejados de algunas edificaciones así como unas masas de humo que parecía coagularse en el aire, después de esta primera y rápida observación, regresó al lado de su madre, que respiraba con todo el cuerpo tranquila, moviendo sólo de vez en cuando con un débil

temblor alguna de sus extremidades, y como pensara que era temprano y le esperaba a partir de aquel día una sucesión de graves Y hondas preocupaciones que hubieran de derivarse de su misma vida y del porvenir de su madre, optó, en vista del sosiego actual, por tomarse un pequeño descanso hasta más entrada la mañana, y se tumbó cerca del artrópodo, quedándose dormido muy pronto; así transcurrieron algunas horas y cuando después abrió los ojos, no sabía si se despertaba porque la luz de un sol tibio le bañaba la cara o porque ahí cerca, a un tiro de piedra, un grupo de niños y niñas, posiblemente colegiales, reían y hablaban formando un tremendo desconcierto, la verdad era que no tenía noción del tiempo que había transcurrido, y al volver la mirada a uno y otro lado echó en falta a su madre, se inquietó ligeramente pero, en seguida, un pensamiento lógico vino en su ayuda al afirmase que quizá, con ganas de comer algo, se hubiera desplazado en busca de algún alimento; no obstan te, no tardó en ponerse en pie y 'Como no sabía si esperar allí o buscarla, se decidió finalmente a mirar entre los hierbazales, entre las piedras de irregular tamaño que encontraba ante él, etcétera, y acuciado por u n doloroso presentimiento se aproximó al grupo de colegiales que estaban sentados no lejos de él, formando un círculo alrededor de su joven maestra; entonces, a la distancia de tres o cuatro pasos vio cómo un niño agitaba en su mano un largo alfiler que atravesaba el

cuerpo del artrópodo, que ya no se movía, y parecía señalarle algo a la maestra, que negaba con la cabeza, los demás permanecían ahora aten tos a lo que habrían de ser las explicaciones que ella daba, Y José S., al haber llegado casi a su al tura, pudo escuchar con perfecta claridad sus palabras: «los alacranes, por su misma naturaleza...», experimentó una inmensa turbación y agachó la cabeza, y sintió que por el revés de sus ojos, por dentro, resbalaban dos lágrimas tan lentamente y tan distintas a las de otras veces, que habrían de ser las últimas o que lo dejaban ciego en ese mismo instante.

QUIMERA DE LA ANARQUÍA

... y aunque J. S. no había dispuesto el trayecto a mudo de prueba, pues de ser así hubiera necesitado un nuevo ordenamiento de los materiales, y poco, con ello, hubiera añadido a su tentativa de querer aprehender, o fijar, como en una película, las diferentes fases, triviales unas veces y carentes de rigor otras, a las que había sido empujado el personaje, ese mismo trayecto, a pesar de todo, y aún teniendo presente las fuerzas de signo contrario que venían a actuar como falsos indicadores, usurpando por momentos el único itinerario posible y desviando hacia vías muertas o acusando contra callejones sin salida a José S. servía accidentalmente, como un rebajado informe, al fin originariamente entrevisto por él, aun cuando precisamente no deseaba intervenir en aquellos sucesos que, estimaba, se habrían de desarrollar conforme a una fría e implacable exposición que un observador ajeno hubiera de ir haciendo, punto por punto, además, sólo establecían una despreciable incidencia sobre el mismo y, por lo tanto, tampoco hubiera pensado, y menos tenido en cuenta si así lo hubiera hecho, en la necesidad de variar el rumbo de aquello que, por su misma naturaleza textual, pertenecía a la contingencia de las palabras, y más aún, por cuanto habiendo anticipado una acción mental al cúmulo de anécdotas, por llamarlas de alguna manera, que José S. iba a suministrarle al tiempo de ir trazando su propio recorrido, pensó, que para bien o para mal. el trayecto no habría podido ser otro más que ese, y

que a sí mismo se justificaba bien que a partir de entonces a él le sería dada una responsabilidad más directa si no se conseguían llevar las cosas a buen término o no se lograba, a pesar de los intentos de José S., el fin deseado, y si su descarte momentáneamente le dejaba las manos libres, no por ello hubiera de ser considerado su adiós definitivo, pues en última instancia sería requerido para aportar las pruebas que, sólo tangenciales, es cierto, y carentes de otro relieve que el anodino de lo oficioso, irían a engrosar el dosier de la policía, y, entonces, podría él mismo verse alcanzado por las acusaciones que hubieran de ser hechas contra el personaje, porque si bien no habría de tomar una parte activa, lo cual aún estaba por ver, en su planes sí podía ser considerado incluso sin necesidad de más pruebas como su confidente, y ante esa posibilidad, J. S. replegó aún más su mirada hacia lo accesorio o circunstancial de la narración que discurría por su cabeza, dejando al descubierto, así, una zona libre, una tierra de nadie, la cual, llegado el momento, habría de ser ocupada por alguien con la suficiente entidad como para eliminar, en lo sucesivo, y a partir de que las ocasionales directrices se hubieran encontrado en ese punto ideal al que aspiraba, cualquier vaga sospecha o alusión con lo ya enunciado y que pudiera, ejerciendo un repentino contrapié trastornar el ritmo de las imágenes que su memoria le imponía, por eso José S. incorporó una vez más a su vida el anónimo aliento de otros instantes, y haciéndolos suyos en

aquella preparación minuciosa que debía de culminar en un atentado anarquista, diseccionaba hasta la entraña el más insignificante dato, no ya de índole estrictamente personal, sino también, y para seguir a corriente de la dispersión que el mundo o la existencia venían a ser, de todos los que, en una u otra medida, podía decirse que por el mero hecho de haber adquirido una forma, bien imaginaria o real, habrían, a no dudarlo, de suponer una influencia, un enriquecimiento o un deterioro, según fuera la apreciación que hubieran de merecer, no importaba por quién, aunque en este caso sería la personalizada en él, que estaría por lo mismo y en el mismo tiempo negando cualquier otra posibilidad que no fuera la contradicción, el desaliento o la locura, pues, ¿en nombre de qué idea impulsar una vida más allá de un límite previamente conocido y despreciado?, o, ¿por qué en nombre de una idea? y, además, ¿sería suficiente que la idea nos ganara para seguir a partir de ese límite?, porque ¿si ya es previamente despreciado, por ejemplo, no sería necesario entonces un trucaje que anulara el desprecio para hacernos caer, desde esa nueva posición ganada, en otra negación aún más flagrante que la anterior, al descubrirnos la fragilidad o la poca consistencia de esa intención, y su exacta carencia de sentido, de lógica o de verdad?, ¿no sería, pues, como vivir una vida ajena en otra piel, a despecho de uno mismo?, y por ello, ¿qué otro valor habría de ser antepuesto a la vida que se niega a sí misma, o, que se afirma a pesar de sí

misma?, ¿no habría de ser bastante, entonces, lejos de que su acto, a un teniendo que ser circunscrito a unas conocidas intenciones, de otra parte no exclusivamente suyas, sino también, creía él, extensamente compartidas, que fuera cometido (aun considerado impune, si se quiere), apelando al libre albedrío, a la más cínica de las gratuidades, al sin sentido que nada hubiera de afirmar o negar?, o, en fin, admitido sin más, puesto que como habría nacido de su voluntad, e a pesar de ella, igual que todo, desde un olor a un hombre, desde una cifra a un sueño, estaba ahí, antes que él, y si de alguna forma él no la habitara, ¿cuál hubiera de ser su sentido?, ¿no era cierto, pues, que ante ese razonamiento todo se venía abajo?, y si también era difícil separar átomo por átomo, partícula a partícula, lo que por su propia naturaleza habría de ir ligado a otra cosa, conformándola o deformándola, no encontrándose al cabo, tampoco, y aun habiendo intentado todas las argucias para que hubieran servido de soporte, incluso a una falsa interpretación, ni el menor asomo de consistencia que fuera capaz de inclinar sus deducciones más de un lado que del otro, se reconfortó con el pensamiento de que ningún acto humano. a no ser que se pecara de frivolidad, podía ser juzgado, porque entendidas así las cosas el mismo hecho de juzgar se convertía en un acto, y por ende, vacío de cualquier intención, o, peor aún, quedaba fuera de una consideración personal, como la suya, que podía despreciar tanto su

cinismo como despreciaba todo lo demás, así, pues, aunque él supiera que ninguna bomba habría de destruir un Estado, ¿por qué no descargarla?, ¿en nombre de qué o de quién detenerse?, ¿no había, igualmente, ocupado esas preguntas con otras palabras, para qué, por qué, sin haberle sido: concedida la gracia que, tal vez, esperaba encontrar en ellas?; además, ¿a quién podía afectarle sino a él mismo un hecho semejante?, y poco o nada hubiera de importarle que tras su puesta en práctica, él, a quien únicamente habría de afectarle el hecho, descubriera lo que actualmente intentaba camuflar a base de sutiles recortes de su dialéctica que, como el esparadrapo sobre la herida, podía taparla, pero no olvidarse de que seguía allí, y si al final no hubiera detrás ni el nombre de una idea ni tan siquiera el recurso de apelar a la gratuidad o la locura, mejor, y ese cinismo con que sometía a consideración los datos que manejaba, la falta de sumisión a todo lo que no fuera su vida, entendiéndola en el sentido de ese vector que había orientado su pensamiento, y ahora sus pasos, lo hacían peligroso, porque no desconocía que a pesar de lo dicho hubiera sido falso igualmente, no aceptar que hasta el más nimio insignificante o trivializado dato, nombre, fecha, acontecimiento, lugar, objeto, pensamiento, ser, idea, sueño, cosa, etc., podía estar sumado al móvil que lo llevaría aquella mañana frente a las escalinatas del palacio, que, asimismo, cualquiera de esos elementos aparen temen te despreciados, uno sólo, hubiera

podido ser muy bien el argumento que resumiera su peripecia, o, aún sin llegar tan lejos, parcialmente o en su totalidad podían estar incorporados, más o menos irreconocibles, a su intención, por lo cual y ante aquel estado de cosas, José S. no hubiera dudado jamás en asumir su destino, porque, en el peor de los casos, podía tratarse de eso, y como pensara que hasta en ello lo único cierto, y, lejos de mayores dudas, que había adquirido la desoladora imagen de la realidad, de la única o total realidad, era la quimera, comenzó a urdir sus propias trampas para destruirla y así, argumentaba, quizá acabara por llegar a alguna parte, si de eso se hubiera tratado, y una vez recompuesta aquella otra parte del sueño que, como las anteriores, venía a señalar si había de entenderlo como una alusión directa o personal, un acontecimiento fatídico, que, no podía ocultarlo, le causaba ya en el presente un profundo malestar, pero era consciente de la situación y sabía, por lo demás, que sólo cuando hubiera logrado averiguar el último significado de aquellos fragmentos, y, cuando después con todos ellos pudiera darle forma a lo soñado, la misma que hubo de tener aquella noche, conseguiría desvelar la imagen que contenía realmente, por lo cual la palabra ANIMALES venía, pues, a colocar nuevamente ante él una aciaga premonición, y aún al recordar su madre bajo la forma del artrópodo clavado en el largo alfiler se estremecía involuntariamente, su muerte, eso era entonces lo que se

ocultaba tras la palabra ANIMALES, y así una vez más MUERE o MUERTE, otra palabra que había surgido en uno de los titulares y que, además, él se había cuidado de anotar cuando empezó a repetirse invariablemente, y fue, observada, resaltado como curiosidad a retener ante lo imprevisible que, en aquel momento, suponían las combinaciones logradas, y, en las que más tarde, impulsado por aquella, se puso a operar, pero, ¿no estaba dentro de la lógica más estricto que la palabra MUERE hubiera de significar, sin otras alteraciones, muerte?, y así entendido, en ese caso, ¿de quién?, porque si él llegaba a cometer el atentado, por lo demás, cuya forma aún no había sido precisada (a pesar de que se mencionara el explosivo), no era necesario seguir dándole más vueltas a la cuestión, y lo que se imponía, tras hacer mención de algunos actos del terrorismo anarquista internacional, era seguir adelante, por ello, una fecha: año 1898, le recordó que el mundo había acusado con estupor la noticia del asesinato, en Génova, de la emperatriz Isabel de Austria por el anarquista Luchessi; en Italia, el 20 de julio del año 1900, el anarquista Bresci mata al rey Humberto; el día 6 de septiembre del año 1901 el presidente de los Estados Unidos cae víctima, también, de un atentado anarquista, etc., acaso él no encontraba demasiado claro aún su objetivo, pero, ¿no sería eso, a la vista de las pruebas, lo que habría de encerrar el mensaje de aquel sueño?, todo apuntaba en tal dirección, y, a no ser por su

acusada extravagancia hubiera abandonado hace mucho tiempo las vagas conjeturas en las que se detenía y que, por la misma razón, imponía a sus pasos unos intervalos de duda o desaliento más bien ficticios, pues fundamentar en aquellas suposiciones su misión era correr un riesgo difícil de predecir, pero, a todas luces innecesario, que permitía una clara ventaja a un hipotético azar al dejarle ese guión como punto de partida o como señal de indiferencia, pues ese mismo azar, en caso de aparecer, habría de suplantarlo con su impasible conducta general, y recordó, al cabo de tal consideración, que la desconfianza en preparativos de aquella naturaleza era un arma a emplear:

III. CONDUCTA GENERAL

Desconfiar de los teléfonos. No hay nada más fácil de controlar.

La conversación telefónica entre dos aparatos públicos (en cafés, teléfonos automáticos, estaciones) presenta menos inconvenientes.

No hacer citas por teléfono más que en términos convencionales.

Conocer bien los lugares. En caso de necesidad, estudiarlos con antelación en un plano. Fijarse en las

casas, los pasajes, los lugares públicos (estaciones, museos, cafés, grandes tiendas) que tengan varias salidas.

En un lugar público, en el tren, en una visita privada, tener presentes las posibilidades de observación y, por lo tanto del alumbrado. Tratar de observar bien sin ser observado a la vez. Es bueno sentarse de preferencia a contraluz: se ve bien y a la vez se es menos visible. No es bueno dejarse ver en una ventana.

Tener como principio que, en la actividad ilegal, un militante no debe saber sino aquello que es útil que sepa; Y que frecuentemente es peligroso saber o dar a conocer más.

Mientras menos conocida es una tarea, más seguridad y posibilidades de éxito ofrece.

Cuidarse de la inclinación a las confidencias.

Saber callar: callarse es un deber hacia la Idea, hacia la revolución.

Saber ignorar voluntariamente aquello que no se debe conocer.

> Es un error, que puede llegar a ser grave, confiarle al amigo más íntimo, a la novia, al camarada más seguro, un secreto que no es indispensable que conozca. A veces es algo que puede dañarlos a ellos; porque se es responsable de lo que se sabe, y esa responsabilidad puede estar cargada de consecuencias.
>
> No molestarse ni ofenderse por el silencio de un camarada. Ello no es índice de falta de confianza, sino más bien una estima fraternal y de una conciencia -que debe ser común- en el activista libertario.

José S. extendía ahora ante él un plano de la ciudad y señalaba, con un lápiz rojo, todos los pun tos de enlace o de apoyo que en otro momento había comprobado: los desaguaderos, tiendas, edificios públicos, edificios estatales, cines, museos, supermercados, cafeterías, estaciones del metropolitano, de ferrocarriles, teléfonos públicos, hospedajes, etc., y en un bloc figuraban otros datos marginales que a lo largo de aquella labor paciente y anónima creyó oportunos, también, hacer constar, y así había anotado: distancias máximas y mínimas de los vertederos subterráneos, de las cloacas de la ciudad, aspectos positivos o negativos (en cualquier caso) a tener en

cuenta (humedad, tapaderas de entrada-salida, resistencia, accesos, emplazamientos, material, escaleras, inutilizables, se sale a la calle A, a la B, a la C, salida a ochenta v cinco metros del edificio estatal N. frente al cine R, etc.), otros puntos de orientación en la superficie: clave, emplaza miento de las calles (según el posible itinerario) que se circunscriben al recorrido que conducirá hasta el palacio, indicación de calles de dirección única (comprendidas en el área enunciada, observación: en caso de utilizarse vehículo), numeración de las calles de mayor longitud y de menor longitud (observación: zona subrayada con lápiz rojo: clave), surtidores de gasolina, aparcamientos subterráneos, croquis subdividido de los accesos que se estimen ideales (observación: comprobar plano general), líneas de autobuses, otros transportes (observación: ver área subrayada en rojo, señalización de calles, clave, circulación por las mismas), accesos (área subrayada) a las estaciones del metropolitano, croquis esquemático de las líneas: clave; indicación de las que tienen correspondencia, itinerarios, observación: comprobar nomenclatura, cambio de abreviaturas: clave, teléfonos públicos, situación en el plano (subrayado en rojo, clave), otras direcciones, sectores especiales: clave, etc., y si la espera que Js. hacía en aquella habitación, la cual resultaría va no describir y en la que los objetos no se diferenciaban en nada a aquellos otros que podían encontrarse en un espacio similar, en otra casa, y en

cualquier otra pieza, poco importaba, al fin y al cabo fuera ésta de un hotel de primera o de segunda clase, de un edificio arrendado por otra gentes que él ocupaba ahora un sencillo hospedaje al fondo de una estrecha calleja, y si la espera, por lo mismo, de Js. se prolongaba hubiera de entenderse que, aún entonces, no estaba cerrada la investigación pertinente y obligada de todos los elementos que, de manera más o menos directa, iban a incidir, o podían hacerlo, en algún punto de la preparación de aquel atentado, o, también según otro orden de cosas, lo que ahora se indagaba habría de pertenecer a un carácter que, si no extraño, cuando menos obediente a razones que sólo, epidérmicamente, confluían en la circunstancia actual, y como quiera que, por lo demás, el personaje había dado muestras de arrostrar con u n ánimo templado, hasta el momento, ya no tan solo la dispersión de su propia existencia, sino lo que venía a conferirle la identidad necesaria para que fuera alejado cualquier asumo de recelo con respecto a la misión confiada: su íntima convicción de mano ejecutora, y si no había de encontrarse causa entre el sujeto y la acción, si el cordón umbilical no fuera más que una falsa electricidad transmitida no importaba por qué conductos, eso hubiera de configurar, con mayor intensidad si cabe, su exacto papel en el desarrollo de los hechos y la coherencia de su andadura, que finalmente establecería su nexo de unión en el flujo y reflujo del mundo, homo homini

deus, «es así», dijo José S. y acudió a su memoria el aire de una canción:

Por la Casa de Campo

Mamita mía

Y el Manzanares

Quieren pasar los Moros

Quieren pasar los Moros

Mamita mía

No pasa nadie

No pasa nadie

porque ya José S. una vez incorporadas a su justo engranaje las aludidas fragmentaciones de aquel sueño, despertaba a la realidad de sus días, y una vez hallado el dilema que allí se encerraba y situado éste en el lugar que, temporalmente, hubo de serle asignado a pesar de la invisible línea que ahí se cruzaba, azar irremediable, en su camino hacia el palacio, sabía con certeza dónde estaba su destino, y, si bien levantar la bandera negra de la anarquía hubiera sido en todo instante, aparte dudas entendidas como naturales, la única

verdad por la cual su misión iba a cumplirse, también lo contrario, pensó, mientras doblaba cuidadosamente el plano de la ciudad, haciendo coincidir las junturas una en otra, formaría parte de aquella historia, y se dirigió hacia la ventana tras la cual respiraba ya la noche, afuera la lluvia caía a ráfagas, ¿la noche?, pareció decirse, o quizá ahora se daba cuenta de su presencia, y he ahí por ello ese matiz de sorpresa que arrugaba su frente, «la noche recordó algo leído en otro tiempo, no es menos insondable que una vida cualquiera, pero, para que tenga sentido, es necesario que una vida la habite», ¿sería realmente así?, ¿qué era necesario, entonces, para que tuviera sentido una vida?, y bruscamente una oscura rabia se mezcló a la sangre de sus venas, ¿dónde estaba la trampa?, ¿cuál podía ser la ceguera?, o, apurando aquellas impresiones, ¿quiénes eran los ciegos?, ¿qué caminos transitaban?, ¿movidos por qué?, ¿a qué obedecían?, y un poco más lejos, ¿era voluntaria su ceguera?, ¿o no?, entonces, si era voluntaria jamás iban a ver, pero, si no lo era, ¿dónde había sido recluida la luz?, o, ¿para quienes?, y a los otros, ¿quién los arrojaba en la tiniebla?, ¿qué o quién les negaba la claridad, el amanecer, la mañana?, ¿quién los condenaba de esa manera?, y como de guipe el mundo se resquebrajó en ínfimas partículas por su memoria: ahora se veía en el fondo, al principio, en los orígenes silentes que aún esperaban un nombre formando par te de aquel fluido del magma que hervía, sin límite ni

medidas, incoloro, energía o masa que orientaba su alfa y omega hacia la nada porvenir, contra el espacio vacuo del universo a la deriva, soga tendida a la distancia del infinito, enredadera del olvido buscando a través de las innumerable conmociones la boca del útero, el pulso febril del aliento, la respiración oculta de las cusas, la raya de luz de su cuerpo entre las telarañas de las cosas, la raya de luz de su cuerpo entre las telarañas del subsuelo, incorporando su desdicha vacía en la señal que habría de anunciar

al hueco personaje de las historias por contar, resbalando por la duración de los espasmos del tiempo, memoria del silencio, ojo único de la desoladora siembra, voz anónima de la indiferencia más perfecta, y al fin: holocausto, la salida hacia la otra parte del túnel, la reunión con lo que ya estaba allí antes de todo, y por eso si el recién abandonado claustro hubiera de ser como el centro de la noche, ahora, la ávida pulsación del aire rasgaba las telarañas de su ojos, y una rendija de claridad se instalaba en el envés de las cuencas y expandía tibiamente, ya, las reverberaciones de luz por su memoria, después, el acostumbrado horario de las cosas por las sienes, nombres, voces, objetos, Caterín, Caterín, «es así», la cohorte anónima escondiendo su miseria entre las paredes, mendigando su ración de amor o de desgracia, para sentirse cohabita dos por algo, y el dedo tirano firmando leyes, sentencias, poniendo bar rotes y rejas, y cadenas en cada semilla de belleza, en las fosforescencias ajenas que

sólo aspiran a consumirse en la duración de su brillo, pero hasta ese mínimo consuelo les había sido arrebatado: la locura con sus mil caras diferentes ya no bastaba, había que morder en el hueso de la realidad para que sus astillas fueran a clavarse en el corazón de quienes usurpaban el oro de la corona que también les pertenecía, y sólo por eso hubiera sido más que suficiente perder la razón y aullar por las esquinas, pero la luz, ¿dónde estaba?, también podía ser otra, y José S. lo comprendió así cuando pensó que si enguantaba su mano, no era por aquella sensación de asco que conocía, sino porque al hacerlo de esa manera, su epidermis no acariciaba directamente la frialdad del objeto que sostenía, y aquel otro tacto más seco e inseguro, lo ponía en una mejor disposición con sus reflejos, pues atrás quedaban muchas horas de preparación, contactos que iban de un continente a otro, que se establecían por correo. a través de llamadas telefónicas, por mensajes personales, en garabateos de claves sobre papeles poco llamativos, dejados como al descuido en la proximidad de aquel que venía a recogerlos, en minuciosas investigaciones de todo lo que concernía a su misión, y que ampliaba su radio de acción más allá de,sus pasos, y ahora, como un Edipo cualquiera, habría de recorrer la distancia que iba desde su antigua ceguera, la misma que aún sufrían los otros, hasta las escalinatas del palacio, y, recobraba la luz, la suya, tras desgarradores acontecimientos personales, que lo

convertían; desde los miasmas del recuerdo, en un ser distinto y peligroso para la conciencia social de su siglo, y él recurría a su cinismo para no abandonar una empresa en la cual, jamás, había puesto otro entusiasmo que el resultante de su propia vida, y era por lo que al aceptar ese compromiso consigo mismo, le devolvía al mundo, creía él, la fiel reproducción de una de sus criaturas, y no sólo en los componentes de tipo bi9lógico, o físico: piel, cartílagos, aparato respiratorio, conducto urinario, arterias venosas, pestañas, etcétera, sino del modo más completo, amalgamando allí: residuos del pasado (del suyo y de la historia), el ayer más próximo y el ahora, y, quién podía saberlo, tal vez el mañana: ideas... pensamientos... viejos legajos poéticos... incunables prehistóricos... toda la arqueología que el tiempo hilvanaba a su paso... la llegada del último estío... las lamentaciones de los pobres... las fortalezas de acero donde los ricos se mueren descomponiéndose sobre sus capitales… la esquizofrenia anárquica de José S. en los posos de la sangre... la ceguera de los otros... su bondadosa o impotente docilidad... la lluvia del recuerdo... la filosofía del tocador... ladrido de los perros... economía de la conquista del pan... amores malditos... extremo oriente... bomba atómica... cinematógrafo mudo o de los filmes en technicolor... fronteras transpirenaicas... planificación del crecimiento natural... aborto de las gallinas... huelgas de los obreros

portuarios de Vigo... guerra fría de las iguanas... Japon expotico... sentencia y muerte de Puig Antich... envases de plástico... el recurso de Carlotta Cordav... el Único y su propiedad... reloj suizo... pueme de los Franceses... sistema único de elección... Galancanieves y los siete perritos... el recurso del método... blues de la calle Ellington... Revolución Francesa... anuncios por palabras... besos de Emmanuelle Riva... noticias tendenciosas... amores homosexuales de Jesucristo con el judío errante... tickets del metro on the rocks... violación de la Virgen María por el sádico de Nueva York... etc., y él había creído que, al fin, el momento oportuno para que una vida adquiera sentido, cuando menos el pequeño sentido que merecía, había llegado, por eso cuidaba con extremado celo sus movimientos a partir del instante en que se planeo la acción de un posible atentado, y ahora hacia unas breves anotaciones (notas que no ocupaban más de tres o cuatro renglones), que dispuestas en uso de clave y una vez que hubieran llegado, siguiendo la normalidad de los hechos como hasta el presente, a su destinatario (o destinatarios) vendrían, más tarde, y como desdobladas en un nuevo mensaje, a confirmarle lo último que, para llevar a término aquella acción, todavía faltaba: una confirmación que, según había de desprenderse de la espera de Js. en la habitación donde aguardaba, era necesaria y revelaba, a un tiempo, que detrás de sus movimientos había alguien más, y que no estaba solo

aunque corriera él, personalmente, con la parte mas espectacular o menos cómoda de aquel entramado, y tras una somera comprobación de los textos redactados, de las claves, que, por otro lado habían de correspondientes v que, como sabia, habían sido estudiadas pensando tanto en los gabinetes negros de la policía como en los especialistas que, de llegar a sus manos, tratarían de hallar con todos los medios a su alcance alguna pista de su contenido, leyó una vez más aquellas f rases escritas en italiano, cuyas letras no variaba n de cuerpo: CHE COSA ACCADESSE DOPO QUESTA IMPORTANTE VISITA AL MUSEO. IL PRIMO PUNTO RICEVERA PIU TARDI U N ADEGUATO COMMENTO. ALL' INIZIO DI SETTEMBRE. IL TITOLO DELL' ARTICOLO D I FON DO. A PRIMA VISTA DI CARATTERE TECN I CO. CERCHEREMO DI APPROFONDİRE SUBITO IL SECONDO PUNTO, y en otra cuartilla que, alejada de su posición, ha de recoger tras desplazar su cuerpo en un giro de más de noventa y cinco grados que acerca a su vista después de abandonar la primera casi en el mismo sitio donde había permanecido la que ahora Ice: SPERIAMO PERO DI POTER DIMOSTRARE IL CONTRARIO. QUAN DO CONSUMERAI QUESTO DATA LA SITUAZIONI. E COSI NO AVEVA ANCORA FINITO U N A SERIE DE PROVE. MJ ANDRA BEN E QUESTA MİSURA? TRASCRITTO CON LA PROPIA MA NO.

1. el exilio del doble

« Estoy ciego», pensó José S., y realmente era así, en cambio, no había dejado de auscultar, aun entre los muchos avatares a que su peregrinaje le había conducido, ese rescoldo que tenue y, quizá, sus mayores visos de ofrecer una más intensa llama, todavía se estaba consumiendo dentro de él, y la tristeza que embargaba muchos de sus días, cuando la nieve caía en París o Nueva York, por ejemplo, pues, tales localizaciones geográficas hubieran de ser, a fin de cuentas, sólo un pretexto, encontraba su compensación en los acontecimientos que se desarrollaban en el mundo, y si ciertamente él no había creído bajo ningún concepto, o, menos compartido, la idea de conmoverse ante aquella situación, se debía a que una segunda piel, no sabía si mejor o peor que la primera venía a resguardarlo contra cualquier aspecto sensible, o también sentimental, que resaltara de un ser humano, y, si ello lo había de revestir con un aire de hipocresía, de frialdad y hasta de una crueldad que él no trataba de disimular era porque el curso de los días había colado por sus poros la sustancia, y al considerarlo así, lo aceptaba de igual manera que otro estado de cosas, bien que en él, hasta aquello mismo podía resultar imprevisible, por lo cual no hacía falta entrar en explicaciones para caer en la cuenta sin excesiva tardanza de que ese otro estado de

cosas mencionado, se mantenía en cuanto había de significar la dinámica del mundo, y no otra cosa, porque estar como él, situado a contraluz, venía a suponer de una vez por todas, intentar su personal rebelión para acceder a la más limpia de las claridades, de ahí que tuviera muy en cuenta, ahora: 1) a la gran mayoría completamente desorganizada, que es explotada y que no explota a otros; 2) a un sector considerable que abarca todos los estratos intermedios, una minoría explotadora y al mismo tiempo explotada, que es oprimida y oprime a otros; 3) a la pura y simple minoría de opresores y explotadores, el grupo más pequeño, conscientes de su función y plenamente de acuerdo con respecto a un plan de acción: afianzar esa clase gobernante suprema, y como quiera que él estaba acusado, aunque hubiera de ser entendida la misma como una autoacusación: su ceguera, restituir un equilibrio inestable o aparente a su verdadero centro, era como buscar la luz, por eso José S. deambulaba al filo del cuchillo, los pasos estremecidos, el corazón en bancarrota, los días, las noches como gotas de mercurio, tu voz Caterín, Caterín, dónde estoy, dónde estás, y qué puertas se abren o cuáles se cierran, ahora la marea del desarraigo, los jazmines marchitos en el sótano, era la reencarnación de todos los sueños en la almohada, allí, el cadáver al lado del cual dormía, y sus pasos por aquellos caminos de topo, oliendo la ternura de otros acentos, las bombillas ciegas del casco urbano, dame esa camisa, por

favor, a las cinco nos veremos con J s. en el teatro, las noticias desalentadoras, los ojos vacíos del llanto, es así es así, CAMPO DE ADIESTRAMIENTO ANARQUISTA, nombre, José S., y la estación envuelta en una gelatina fría, el reloj evadido del cansancio, sus piernas culebrinas, ahora, quién iba a decirlo, al cabo de un deterioro tan considerable, tres pólizas más, venía la noche y tú, y yo tendido contra la distancia, Madrid aparecía desierto ese día, agosto tras las persianas, el tumulto de la sangre por las venas, ven, vivuelalienta, nos dejamos ir, van solos los besos, el totem fosilizado de la historia, las arrugas del calendario, tus uñas, imaginabas el encuentro con las lágrimas, y retienes el dolor de mi sonrisa, aquí, bajo tejados extranjeros, no, acontece por los trasuntos de la piel, déjate soñar de espaldas, léeme el periódico, amor:

ATRIBUIDOS A ELEMENTOS ANARQUISTAS

SERIE DE ATENTADOS EN ESPAÑA E ITALIA

AGENCIAS. Madrid.

Una bomba hizo explosión en unas galerías comerciales de Madrid en la madrugada de ayer,

ocasionando graves daños materiales, pero ninguna víctima.

El artefacto fue colocado en un compartimento de equipajes situado en la zona comercial del Metro de la ciudad madrileña. En el momento de la explosión, la galería estaba cerrada al público.

La policía atribuye el atentado a elementos anarquistas, que han iniciado una campaña de actos terroristas desde el fallecimiento, el lunes pasado, del dirigente anarquista José S.

A lo largo de toda la semana se han registrado diferentes atentados en otras tantas ciudades españolas.

Ante estos acontecimientos, el presidente del gobierno anunció que reaccionará «con toda dureza» ante posibles nuevos actos terroristas relacionados con la muerte de José S., que fue muerto accidentalmente.

Hoy será enterrado el cadáver de José. S. en un cementerio protestante de Madrid. Desde las primeras horas de ayer, la ciudad apareció repleta de carteles y pasquines, en los cuales se calificaba de

«asesinato» la muerte del dirigente anarquista. Los mismos carteles convocaban una manifestación con motivo del entierro.

TAMBIEN EN ITALIA

En la madrugada de ayer hicieron explosión dos bombas, en sendos edificios españoles, en la ciudad de Roma.

La primera, en las puertas del Banco Exterior de España, y la segunda contra la Embajada española. Asimismo, se han registrado otras explosiones en diversas localidades, como Milán y Sicilia.

La policía italiana no consiguió identificar a los autores, pero mantiene como muy probable que estas explosiones tengan relación con la protesta desencadenada por diferentes grupos anarquistas, por la muerte de José S.

José S. tanteaba con sus cartílagos, dedos, uñas, iba palpando a través de la probeta plástica por la que vislumbraba, hacia el exterior la ardiente aurora boreal, y deslizaba su cuerpo, la memoria del desconsuelo, como un

héroe falso por la cavidad frígida del tubo en pos del gran incendio, escribiendo en sus paredes

Libertad

libertad

libertad

arañaba los minúsculos filamentos de claridad que reventaban en la yema de sus dedos, y la sangre de sus heridas era borrada por la lluvia invernal del exilio, porque allí no estaba permitida la muerte de un extranjero, en aquella tierra que lo devolvía a la fluctuación sonora del universo, a su gran estomago voraz y ululante, que engullía su

freedom

freedom

freedorn

freedom

freedom

freedom

freedom

freedom

freedom

freedom

freedom

freedom

freedom

entre el marasmo de rotas cosas que rodaban son dirección conocida, y que golpeaban contra su cuerpo, abandonado ya en esa deriva de los sentidos, una vez despojados de las únicas palabras que como una sonda el recuerdo le suministraba.

Freedom

Freedom

Freedom

freedom

por qué, para qué, y ya solo el eco freedom, freedom, freedom

poseedor de su larvaria existencia, dijo.....no

«ninguna vida merece dos lágrimas»

y accionó él mismo los mecanismos de tortura: la voz le llegaba como en un sueño, distante, en sordina, y a pesar de su resistencia se vio empujado contra la superficie que ahora aguantaba su cuerpo desnudo: la dependencia era pequeña y en ella estaban acompañándole otras personas vestidas con un uniforme que no podía reconocer: ¿qué hacía la otra tarde frente al palacio?, ¡responda!, ¡lo sabemos todo!, y la barra de hierro golpeando sus pies, y más arriba, sus piernas, apurando el recorrido, los testículos, el vientre, el plexo, los brazos, la boca, que reventaba en chorros de sangre, en dientes partidos, la cabeza...

……..no

……..no

……..no

……..no

……..no

……..no

……..no

……..no

……..no

no

no

no

no

no

no

no

no

solo ocasionalmente la duda rascan do con pesadez el vacío de los párpados, deteniendo el pulso de la sangre por sus venas, la cabeza desorientada al vaivén caprichoso del dolor, oh Caterín, es así y

la

luz

a

través

de

la

ventana

cuánto había de durar la incertidumbre la

lu z

a través de

la

ventana

cuánto había de durar el itinerario

respirando la ajenidad de las cosas.....

……y……

entre las intermitencias de la fiebre……

repitiendo no

vigilando las oscilaciones del mundo desde las estaciones que habito, con el ojo ciego de la tarántula.....

tarantulatarantula

tarantulatarantula

tarantulatarantula

tarantulatarantula

tarantulatarantula

tarantul arantula

tarantulatarantula

tarantulatarantula

tarantulatarantula

tarantulatarantula

tarantulatarantula

…….sepultado como deshecho de la sociedad

.....entre los escombros del olvido

olvido

olvido

olvido

olvido

olvido

olvido

olvido

olvido

y mi voz preguntando mi nombre.....

..... y

l

a

l

u

z

a

t

r

a

v

é

s

d

e

l

a

v

e

n

t

a

n

a

l

a

l

u

z

a

t

r

a

v

é

s

d

e

l

a

v

e

n

t

a

n

a

como polen desprendido

por el viento, heme ah

í con la cabeza abatid

a, cubriendo mi desnud

ez con los harapos de

un tísico cualquiera q

ue me comunicaban su t

os por la epidermis, s

intiendo la misma frág

il torpeza de sus dedo

s u rgando en mis herid

das, y allí, sobre un

banco de la plaza, o f

rente a la iglesia, es

peraba la llegada de l

os pájaros para que co

mieran en mis ojos, pa

ra que picotearan vora

ces en las cuencas...

.....dice

.....lo

.....arma.

.....a

sobreviría a la dispersión que la distancia aumentaba o

mañana……..

que……..

Llega……..

cual…….……

……sin……..saber……hasta

Donde le

……..iban……..a……llevar……
……sus……pasos……..aunque…….una……
…….

Vez

Abandonada……

…….otra……idea……..que……..no…….fuera ……la ……de……

Conseguir

Lo que…….en otro……..orden……..de……cosas…… ……la……vida

Venía a depararle……..tal……..manera……que……esa…… …mañana

Llegaría

…….hasta

las……

proximidades

del palacio

…..y

daría cumplida cuenta de su misión, pues José S. regresaba, tras un tiempo casi inmemorial, aunque no para él, que día a día estuvo aguardando el momento y, por ello, sintiendo su fluir como agua por sus mismas manos, al lugar que tenía destinado como punto final de su itinerario y que en el

pasado, bajo otra piel, había conocido y aún vivido, por lo cual era como volver a encontrarse (a pesar de los cambios que una transformación lógica, según el devenir urbano de la ciudad hubiera de haberle ocasionado) en su antigua casa, ahora modelada y ofreciendo unos perfiles apenas reconocibles, pero aspirando al recorrer las calles, aquel ambiente, la dulzura casi perdida de aquellos años...

2. teoría

...¿nombre?: José S., ¿nacionalidad?: española de origen, ¿edad?: 30 años, ¿estado civil?: casado, ¿hijos?: uno, ¿varón o hembra?: varón,

¿tiempo de estancia en el país?: diez años, ¿habla, escribe, o conoce algún idioma aparte del suyo?: varios, ¿cuáles?: italiano, francés, portugués, polaco, ¿conoce las armas convencionales?: sí, ¿armas especiales?: alguna, ¿su utilización?: en algún caso, ¿explosivos?: en algún caso... y José S. calibraba con u n aire indiferente la solidez de la browning que deslizaba de una a otra mano, como si se tratara de un juguete que no encerrara la muerte, acercaba el caño recortado, negro y frío a su ojo, y su mirada paseaba por las estrías que se perdían después de las primeras revueltas, y, a una distancia de treinta metros, aproximadamente, las figuras de chapa de acero pintadas de

color blanco, que representaban un cuerpo laminado, aparecían recubiertas por infinidad de puntos negros que los impactos de las balas, buscando las partes mortales, habían dejado allí, como señal de su trayectoria, recuérdenlo siempre: el mejor disparo es el que se hace a la cabeza, aunque se falle, otros puntos donde la anatomía humana no resiste el impacto: plexo, bajo vientre, y ahora comprobaba la liviandad de la firebird, su acabado, su tacto suave, es importante que lo tengan presente: sólo de la cintura para arriba, o mejor, la cabeza, ese es el blanco que se ha de buscar, y pensaba con una mueca sin ningún significado asomando a su boca que a esa distancia no se podía fallar, les prevengo contra los blancos en movimiento: observen el modelo, es necesario calcular mentalmente dos cosas antes de efectuar el disparo, y reflexionaba sobre su pulso, si su cabeza funcionaría con la necesaria frialdad y exactitud en aquel momento, en la presión justa que la mano debía hacer sobre el arma, para contrapesar el mínimo retroceso, la primera de ellas es la posibilidad de un movimiento contrario, brusco o rápido del blanco, que, de no ser tenido en cuenta, nos hará fallar el disparo, para que. su mano no se agarrotara con exceso a la empuñadura o que no le resbalara inoportunamente, la segunda es visionar el recorrido posible del blanco antes de que se produzca, es decir, la dirección inerte del mismo, en la respiración controlada que no debía romper el equilibrio, por excitación

o estado emocional, del conjunto, y una vez que estos dos factores se unan teniendo en cuenta la distancia, el disparo habrá de realizarse, siempre, dos o t res centímetros fuera del perfil real que busca el proyectil, y así con la Astra, pesada y de bastante cuerpo, con la Parabellum del 9, maciza, como hecha a la medida de su sensibilidad, ¿se-ría posible tener en cuenta todos aquellos factores a la hora de su empleo?, ¿es que acaso no se sabía que el menor desequilibrio podía hacer fallar el tiro?, entonces, ¿el cerebro habría de funcionar de tal manera que soportada, y condujera, el instante del disparo sin merma?, habría de ser así, una vez que el adiestramiento llegara a ser una rutina, eso no le cabía dudarlo, pero su manía de pensar en un azar cualquiera que, por experiencia ya no podía ocultarse, le impedía estar de acuerdo en todos los detalles, por eso él cuidaba otras facetas que en nada tenían que ver con las prácticas que allí se realizaban y que, transcurriendo a modo de electricidad por su mente, le imponían otros modelos de conducta, que, por mor de su individualidad, habrían de ser como una doble protección ante el inminente discurrir del tiempo, vean ahora esta filmación, realizada con documentos de la época, y completada en muchas partes con una interpretación socio-psicológica (realizada por especialistas) de los grandes constructores de la Idea, como base se ha observado:

- origen

- formación
- personalidad
- incidencias
- entorno familiar
- entorno social
- crítica del Estado
- crítica de la sociedad
- acciones
- publicaciones, etc.

William Godwin (1756-1836). William Godwin

est né a Wisbeach (Cambridgeshi re) en 1756. Fils d'un pasteur dissident et destiné lui-meme a etre prédicateur, il subit profondement 'influence du calvinisme. Le...

La voz en off seguía relatando la biografía y José S., como era su costumbre, retenía mentalmente sus particulares notas, Max Stirner (1806-1856) Stirner est né a...fils d'un modeste fabricant de... aprés avoir accompli le cycle de ses études secondaires... a Berlín oú il assiste aux cours de Hegel, a Erlanger... (las imágenes enseñaban, ahora, unos planos fijos del joven Stirner, fundidos en seguida con otros del ambiente berlinés de la época), Pierre-Joseh Poudhon (1809-1864), parmi les téoriciens de l' anarchisme, Proudhon occuppe..., Michel Bakounine (1814-1876), Bakounine est né au village de... y a continuación les pasamos unas normas de las cuales deben retener lo más posible:

IV. EN CASO DE DETENCIÓN

Mantener absolutamente la sangre fría. No dejarse intimidar ni provocar.

No responder a ningún interrogatorio sin estar asistido por un defensor y antes de ser aconsejado por éste que, de ser posible, deberá de ser un activista. O, en su defecto, sin haber reflexionado suficientemente.

En principio: no decir nada. Explicarse es peligroso; se está en manos de profesionales capaces de sacar partido de la menor palabra. Toda «explicación» les proporcionará información valiosa.

Mentir es extremadamente peligroso; es difícil construir una historia sin defectos demasiado evidentes.

Es casi imposible improvisarla.

No tratar de hacerse el más astuto: la desproporción de fuerzas es demasiado grande.

Los reincidentes escriben en los muros de las prisiones esta enérgica recomendación que puede ser aprovechada por los revolucionarios:

« ¡No confesar jamás! »

Cuando se niega algo, negarlo de plano.

Saber que el adversario es capaz de todo.

No dejarse sorprender ni desconcertar por el clásico:

- ¡Lo sabemos todo!

Esto nunca es cierto. Es un truco impúdico usado por todas las policías y por todos los jueces de instrucción con todos los detenidos.

No dejarse intimidar por la sempiterna amenaza:

- ¡Le costará caro!

Las confesiones, las malas justificaciones, la creencia en triquiñuelas, los momentos de pánico sí pueden costar caros; pero cualquiera que sea la situación de un acusado, una defensa firme y hermética, construida de muchos silencios y de pocas afirmaciones y negaciones, sólidas, no pueden más que mejorarla.

No creer en nada: es también un argumento clásico cuando se nos dice:

-¡Ya lo sabemos todo por boca de su compañero tal y tal!

No creer en nada, ni aunque traten de probarlo. Con unos pocos indicios, el enemigo es capaz de fingir un conocimiento profundo de las cosas. Incluso si algún «tal» «ya lo dijo todo», esto ha de ser una razón más para redoblar la circunspección.

No saber o saber lo menos posible sobre quienes se nos está preguntando. En las confrontaciones: conservar la sangre fría. No manifestar asombro. Insistamos: no decir nada.

Jamás firmar un documento sin haberlo leído bien y comprendido completamente. A la menor duda, negarse afirmarlo. Si la acusación se basa en una falsedad -lo cual es frecuente- no indignarse: dejarla pasar antes de combatirla. No hacer nada más sin ayuda del defensor, que debe ser un camarada.

3. práctica del tiro

...dos, tres, cuatro, cinco, seis, la silueta de José S. se recortaba nítida entre el grupo de tiradores contra la balaustrada metálica, el sudor asomaba a su rostro, sus ojos brillaban con un fulgor intenso, y, su boca, se abría en una mueca o una sonrisa permanente, dibujando una raya de crueldad en aquellos rasgos: no está mal, no está mal, decía la voz, pero hay que aprovechar al máximo las cargas, la

atmósfera era cálida tras los últimos días de lluvia, lucía ahora un sol alto pero reconfortan te, los tiradores vestían todos un pantalón negro y una camiseta de asas, blanca, cuando se movía y visto de frente la de José S. enseñaba una mancha de sudor a la altura del pecho, visto de espaldas la mancha de sudor se extendía también en sus omóplatos, se alineaban u no a continuación de otro, en grupos de seis, desde la línea horizontal que pasaba por sus hombros, y a cada diez ensayos con un arma, ésta era sustituida, tras un cambio de impresiones con el monitor, por otro modelo, igualmente las distancias de las figuras laminadas eran modificadas continuamente, a excepción de las que servían de blanco móvil, que se mantenían fijas a una base circular que, sobre u n soporte especial, era la que efectuaba los cambios de giro o de sentido, escuchaba ahora el conteo:

tirador A: 60 disparos , 9 nulos

tirador B: 60 » , 11 »

tirador C: 60 » , 9 »

tirador D: 60 » , 14 »

tirador E: 60 » , 12 »

tirador F: 60 » , 10 »

contempló la figura acribillada por sus proyectiles, en la que destacaban las marcas de los impactos sobre el fondo blanco, y pensó que esos nueve disparos, que eran nueve fallos, ya no habría de cometerlos en el próximo ejercicio, y un día tras otro se fueron repitiendo las pruebas, superando las marcas personales de cada uno, corrigiendo defectos, etc., José S. no demostraba, pese a ello, ninguna alteración o cambio en su invariable estado de ánimo, o, al menos, no dejaba aflorar otros rasgos que pudieran dar a entender que aquello le alegraba, tampoco, de otra parte, aparecía más comedido o inabordable que de costumbre, por lo cual hubiera sido difícil adivinar que, al cabo de los cuatro meses que se llevaban de ejercicios prácticos, él había experimentado en algún momento una sensación turbia, imprecisa, cuando un día con la suave Firebird en su mano, después de estragar sólo dos proyectiles de una de las tandas de sesenta, pensó si aquello habría de ser la verdad, o, sino la verdad; lo que hubiera de servir como alegato ante una situación de injusticia que se deseaba corregir, pero, ¿matar en nombre de la injusticia?, bien que él sabía que casi todas las muertes, violentas o no, eran en nombre de nada, o en el peor de los casos, no clamaban ni a esa vana justificación, porque, si bien él se lo había dicho antes, que cualquier acto que cometiera un ser humano, tuviera este el carácter que tuviera, habría de ser en última instancia un

acto que vendría a afirmar su libertad como individuo, y, según su apreciación de la vida o de las cosas, aquello no podía ser sometido a crítica alguna sin caer en la frivolidad, al contemplar el frío metal del arma le pareció que algo más sólido no se hubiera de encontrar, aunque en ella no se encerrara la verdad, pero tal vez era esa misma ausencia la que ahora le preocupaba y, entre un ejercicio y otro, alargaba su razonamiento hacia el devenir de los días, y a pesar de hacerlo así, tampoco en la muerte que vislumbraba a lo lejos encontraba nada que pudiera sostener aquella falta de destino, que, intranquilizándolo, le devolvía ya el impacto seco de una bala que recorría la distancia, y ese eco llegaba vacío hasta él, como diciéndole que así había sido el acto consumado: vacío, pero José S. desechaba en seguida esas conjeturas con la fría precisión de aquel que sabe que la verdad puede estar en cualquier parte, o aún más, que esa ausencia de la verdad podía ser su misma naturaleza y que, entonces, no era necesario aguardar otra respuesta de los acontecimientos, ni de la turbación casi juvenil que lo había preocupado, o, apelando a su conocido cinismo, alejaba de sí aquella supuesta verdad como una idea falsa que sólo servía a quien mejor pudiera pagarla, con lo cual no sólo acababa desprestigiándola, sino que la negaba, además, él no había hallado en las indagaciones que efectuó por su cuenta, el menor síntoma de desfallecimiento, de duda o vacilación, cuando algunos de los personajes, que ya eran parte de la

historia, bien que para muchos de la historia negra, llevaron a término sus acciones, pero ¿cómo podía estar tan seguro?, una aproximación a esa realidad era ardua y difícil de establecer, aunque la capacidad de interpretación o de análisis que se echara en ello fuera por su misma excepcionalidad casi una ilusión, de ahí, que aun teniendo en cuenta otro tipo de pulsaciones en el individuo que las normal mente reseñadas no consiguiera más que u nos resultados pobres y nada esclarecedores de ese punto, y así, después de revivir (en t re otros sucesos de similar conducta) el itinerario, por ejemplo, del anarquista italiano Caserio, que un 24 de junio del año 1894 apuñala y da muerte al presidente de la República Francesa Sadi Carnot, no puede establecer con rigor el nudo gordiano del impulso definitivo, tras haber trazado un esquema del último mes de su vida, y habiendo configurado, asimismo, un vasto tejido de cruces y desviaciones de su s pasos, de su carga emocional, de sus oscilaciones o frecuencias hasta el día del asesinato, y de las situaciones o circunstancias que contra él pudieran llegar desde el exterior, provocando alguna situación distinta, bien en forma de personas, nuevas lecturas, otros conocimientos de la realidad, noticias, alimentación, etc., poniéndolo todo en el punto más alto de tensión, día a día, o haciéndolo pasar por una escala de diferente valores en sentido descendente hasta rebajar cualquier posibilidad a lo mínimo, a medida que se acercaba esa fecha, ¿cómo averiguarlo?,

¿de qué manera saber si el atentado, en el último segundo, seguía obedeciendo a unas ideas mantenidas hasta allí, quizá sólo hasta un poco antes, ¿minutos?, ¿horas?, ¿días?, ¿semanas?, o ¿se producía (en su justo momento) ya sin lucidez, perdido el control de la idea y empujado sólo por esa especie de ceguera que antecede a los momentos decisivos?, fuera así o de otra manera, en él, la convicción de que su pulso no temblaría cuando llegara el momento se había enraizado, y solo su cabeza mantenía aparte aquel delirio por los bordes de la realidad, en un intento por llegar más allá de su cinismo o de contemplar el verdadero rostro del verdugo.

VIAJE AL ÚLTIMO CÍRCULO

alucinado el pulso iba tras la imagen deseo que todo salga bien, pensaba, y las calles abigarradas todos los outsiders, como él lo soñaran alguna vez allí; no importaba que lloviera, Chaplin hacía monadas, era en la quimera, si lo recuerdo, la circulación era bastante difícil, después se cayó por la escalera, dijo beban una copa más, este es el champán para los festejos de tal índole, ¿no?, y el marica sudoroso le guiñaba el ojo, había resbalado a la salida del metro en puerta de Italia; por qué lo piensas, todo ha de ser como el discurrir del tiempo, no, Caterín, es así, es así se agitaban los profesionales del gremio cualquiera les iba ahora con monsergas, aunque bien mirado Cánovas era un estorbo, ¿no?, y todo para esto; el edificio tenía una de sus amplias cristaleras rotas, no lucía el sol, pero allí, en la playa desierta, se podía hacer el amor sin miedo, se tocaba uno de sus muslos con una de sus pequeñas manos un poco más arriba decía ya ves, mañana he de presentar un recurso, esto no puede seguir así; a papá, que tontería, lo dejaron sin trabajo a las tres semanas en el fondo estaban bien aquello, sino a ver, Caterín, llegarás a aburrirte hasta de la revolución francesa, mejor déjala pasar o acompáñalo con una buena cerveza o cuca; no digas tonterías, la práctica te descubrirá algo nuevo que tu imaginación no podría fabricar nunca, y eso que se parecía a Bogart; ¡eh!, vamos, apúralo y sal; sí en trocadero la otra tarde, pero no aparecieron, son unos hijos

de puta; los acontecimientos que venían a confirmarte en nada, ¿me oyes?; no sé por qué en tiempos de Felipe cuarto; bien mirado era un cornudo de paje ladrón; si no fuera por tipos como Garibaldi, m en Italia los verían spaghetti; convulsiones su anamnesia domesticada, como la perrita lulú, las huelgas salvajes, la infraliteratura que consumían, ¿qué sentido tendría aquello?, las ventanas cerradas y las puertas; amontonó los periódicos de tres años, hasta que me canse, por qué había de dolerse no tiene sentido; bien, que más desea una vez que se había tirado como tantos, monte arriba, no tema; dame una aspirina, el barco salió de Barcelona, era de anochecida, otra salida, la puerta se sino que fingir su propia muerte, el otro tango ya no pudimos bailarlo, me llegó la carta de buenos aires, aunque desgraciadamente me siento mal, tira esas flores que ya huelen a muerte, que un relicario, que un relicario, los cuerpos mutilados bajo la acción de las bombas, como un pinchazo; dijo el zapato con aquel agujero pedigüeño de un beso, tres cajas de cerillas no llegan, piensa que antes de la mañana los fusilarían contra un paredón cualquiera, Y hasta Mola y Sanjurjo qué serviles; escupió con ganas, la terraza estaba inutilizable les tiraba piedras a los del noventa y ocho in salvar a ninguno, es que el sol de melilla quema bastante, y se meaba y cagaba encima de sus tumbas, de casta le viene al galgo; como sabes, me cae más que bien, porque para eso hay que tener dos pelotas, y el atlético una mierda esta

temporada que no se gana, no sueñes con ese prototipo para mujer, lo que se dice la bebé, qué dirían el licenciado vidriera o don mendo o max estella, los ojos se le escapaban y la boca se le hacía agua a cualquiera, porque han de ser los agitadores siempre, ¿cuánto cuesta?, las medias se me han roto, y no decían nada, siempre igual, y los arrestados, por no aguantar más, carecían de sentido del humor, ni presos políticos ni hostias, no se soportaba para qué ganaron la guerra, las arañas no tejen así la re, te equivocas, está bien, Caterin, lo que tú quieras, pero limpia ese cenicero, por favor; el cuplé te dije que nos aguaría la tarde, es un cabrón sin malicia, cayendo los perros, que los ahoguen a todos, ¿estás?, qué te importa lo demás, súbele las bragas y listo, ¿que no son de nailón?; hasta en casas viejas hicieron la orgía con aquellos pobres, y los de la mano negra, dónde ni ese edificio ni otro, una carga de goma-2 y a volar, cette information que ayer se hizo pública; si Delvaux tenía razón cuando pintó Chrysis y los incendiarios de la catedral de Reims, la retórica subiendo, la fiebre por el pasamanos que roncaba como un desgraciado y no se podía pegar culo a todos, ¿qué quieres?, deja esas fotografías en su sitio, cualquier teoría sirve, en el retrete lo dejó v si no los plásticos, qué había de importarle la conciencia social, no lo digas, el barco encalló nada más salir de puerto, perecieron hasta las ratas como todos los milicianos, aquella tarde no la profilaxis anal de las niñas, ¿tienes fuego?, los de la cnt lo

sabían o no, o la ugt, ¡eh!, y nadie se con proyectos, a pesar de la inminente amenaza, movió el rabo, era de su misma calaña a qué engañarse, la congestión gripal debe tatarse a base, llegaba el correo v era su noción exacta de las cosas que lo mantenían aún, la otra celda olía peor, si mundo hasta las flores los marineros abofeteaban a las putas, y ella dijo mas no creas que esto va a quedar así, te rajaré, los cambia, ese dial me enfermaba, la leche estaba cortada, y si no oyes, portales oscuros, entraba sólo para mirar el pene y después in nomine patris, qué hijos de perra los fascistas, orden, orden, orden; las bombas, los fusiles, te das cuenta la melancolía que se desprende de, caían como flores, niños llorando, la tibieza de la mañana, no podían las campanas, eran más sutiles las otras cosas, los cubos de basura, llenos de periódicos casi semiolvidados, Caterín, qué antes sueños, volando dientes ojos, manos, los pechos de la mujer se veían claramente, él alargó su mano y tocó, este bizcocho te lo metes en el culo, cabrón; cuando llegaron con las fanfarrias; vamos a instaurar un orden nuevo los noventaiochistas llenos de amargura la violaron a la vista de todos, y nadie, nada es definitivo, el perro se morirá un día, no creas que en China no se queman enormes praderas, ¿hay?, la conclusión más lógica frente a la situación es no apures el contenido; mira, va a llover, el deseo le mordía las axilas, eran otros tiempo ¿ay? lo de las iglesias, ¿qué mejor?, al fin para lo que están, déjate de soñar y emprende el camino de lo práctico,

el cigarrillo no tira, la lavadora en casa, ¿qué ocurre?, la vigilancia era continua y no había manera, se meaba en cama, agarró a uno de ellos y lo golpeó contra la pared hasta dejarlo atractivamente en aquella posición, te diré que para aguantar, eso bajan por la calle et filii y a mí ya no me importaba nada, nada de eso es cierto, no pasarán los de la primera, sí que tenía humor, eso no les faltó nunca, sin novedad, te das cuenta, así fue y que no digan entonces, los preservativos o se fabrican de calidad, o mejor, ¿qué tienes ahí?, ella señalaba la herida que desde los pechos llegaba hasta casi la entrada de Guernica, estaba desconocido entre la metralla, claro; cómo te darás cuenta, aquí un tajo impresionante, y la pierna húmeda, ha n reemplazado al cristianismo de forma muy ortodoxa, coge la mermelada que esto no se traga sólo, o mejor elucida la posibilidad de que el erotismo sea consustancial a las tracas de feria, por las ramblas había jaleo, tú ves esos farolillos rojos, ¿no?, que después de las cinco no se puede, los curas también de geografía local, circunstancial dato que nada añade, cae por la cañería del desagüe la mierda que eran, y no te fíes de las apariencias, dijo; pie de anciano purulento y apestoso, billetera de cuero de señorito no te rasques la polla, que tenían en todo, pro era una familia que además si los siemprevivas no pueden en fin de matinée y secretos de aquella, no me gusta el yogurt, quién se preocupa de la historia, et spiritus sancti ni todas las cruces del cementerio

de Palmira juntas, la moral de la cerradura, ojo de pájaro, qué coño haces ahí, esperando; donde estás Caterín, Caterín, este sol es abrasador por qué no te acuestas un poco, y qué les importaba Debussy, ya te lo dije, hay cosas irremediables; la vaca sabe qué es mejor, por eso progresan las tortugas al desplazarse entre las piernas, y sintió que corría, no sigas, dijo, me vas a preñar y no quiero, se hicieron los amos, ya ves catalanes, qué cojones se dejó pegar en las dos mejillas igual que ellos gallegos y vascos, ¿qué?, la tarde moría contra los cristales, sólo después antes de Cherburgo añadió, ¿es que te habías ido?, también perteneció a las juventudes socialistas y, ya ves, ahora caía una lluvia pertinaz, esta tarde se suspenderá la corrida de toros, que no fue todo la defensa de Madrid eso lo sabía, ¿sí?; además, a ella no le importaba, lo único que ponía como condición era que los disparos por aquí y por allá, el clima era de violencia, que se aguan te con ello, después de todo lo quiso así y no los madrileños, no lo van a permitir, a pesar vasos rollos haciendo ruido de la turbulencia que asaltaba las instancias más lejanas, el corazón latía apresurado, que te traigo estas bragas, no me sirven los billetes, que después no será porque los torturaban; sin pausa la tía gorda le escupió en la cara, marica, le dijo y él como que la estética callaba, desvarío a estas horas. perdona, arrugó la frente y pareció que se caía sin remedio en el olvido, aquello era insoportable, dame otro, las pastillas, deja de fumar, ¡eh!,

qué te parece a ti esto, bombas o fuegos de artificio, que más daba el lenguaje pérfido de los novelistas, no acaba bien la película, a mí Mónica Viti extraordinaria, si no las cinco escaleras de metro, gastos, los niños correteaban, qué histeria la de aquella mujer, los sargazos se parecían aún estando más lejos, no mientas, sonreía su cuerpo desnudo y mis manos acariciaban la tarde no transcurría como esperábamos, porque automóviles gritó y los lobos siguieron merodeando cuando estuvo por vez primera, la torre había visto el semáforo y salió disparando las servilletas, nada vuelo de alondras, orden, orden melilla burgos el terrorismo de la costumbre dijo salió de casa aquella tarde no verás la luz a lo lejos ¿no.? sus pasos tan distantes ahora y sin archiduque que llevarse a la boca qué cínico y acomodó las piernas de tal manera que la sentí ella no sabía hacerlo y tuve que ceniceros que no dicen más que lo que son tejados allí los círculos del deseo insatisfecho borracho teniendo las manos por aquella parte y su boca desnudos recordando aquellos días jabón con azucenas y sin sentido el viaje largo a dónde lo llevaría libros sin abrir la memoria da vueltas la cabeza que todo acabaría así después del forzoso exilio el lápiz de labios Caterín anamorfosis anamía los fragmentos de aquel 14 de abril en las viejas publicaciones o la cita del 16 de febrero que oscuramente subía la escalera desvencijada y no el termómetro hasta los cuarenta y más no te comportes tan emocionalmente al fin días años

cuando regresaras las cosas dentro del cine pero no hicieron ¿te quedas? cogidos entre dos fuegos ni así el bar lleno de marineros cantando la llamada se había cortado las agitaciones se extendían ni que decir tiene el baile y las medallas también sirven o se detenía a la entrada del garaje campo de adiestramiento anarquista más tarde sólo el café recorriendo la tupida señal abortó dijo me enviaba su cariño pues con todo los milicianos ¿maquis? que bien han hecho las cosas en nada soñó que estaba colgado de una barandilla de la torre Eiffel abrazado a ella y le decía articular de tal manera la función del habla mucho pero no botellas vacías allí contra y no hubiera sido bastante los gritos de aquellos condenados sentía los cojones llenos de un húmedo calor y pasó su mano al segundo golpe ya no las rojas ¿quién mueve la bandera negra? parecía mejor escudriñaba el horizonte las piernas me atenazaban el cuello y ella por venir sustos naufragando los estertores últimos de las escalinatas del palacio aquella mañana y sabía que su pulso la parabellum segura cierra las ventanas gritos no había descansado, pues cómo tanto tiempo hasta que entonces le golpeó en la cara orden las prisiones aún estaban llenas y los otros que aliento será la última cosa que no era su cuerpo pueda hacer dos autobuses con figurar las menores ¿quién es aquel hombre? guardaba en su tiraron por la ven tana ya sin remedio establecer las últimas posiciones que le llevarían hasta la luz le dio de golpe en los ojos y sintió que no.

l. la estructura del ojo

José S. había recorrido un largo itinerario para llegar hasta allí, y

no pensó ni por un se-

gundo, ¿no?, que día siguiente ya no volvería al mismo lugar, pero aún con todo, hasta entonces había seguido con su pupila luminosa los espasmos del mundo y, como la mañana

era radiante

se animó a salir

a la calle, con lo cual, abandonar aquéllas paredes, venía a ser como dar por cumplida una misión, o, quizá solo una parte de aquella misión que se le había confiado, y, como

quiera, por lo demás, que había

llegado el momento de CHE COSA ACCADESSE DOPO QUESTA IMPORTANTE VISITA AL MUSEO, visita que debía efectuar perfectamente cronometrada y que asimismo, tendría para él un sentido mu y diferente al que pudiera encerrar para otras personas, se dispuso a vivir este día con toda la intensidad que los acontecimientos anunciados hubieran de depararle, por supuesto, cuidando mucho de

que cualquier circunstancia no viniera a poner en peligro el regreso sobre sus

pasos

o su existencia, que, hasta la mañana del día siguiente no podía considerar completamente desahuciada de compromiso. Por ello,

una vez que hubo

dejado las cosas en

un cierto orden

encendió un cigarrillo y salió a la calle, recordaba que CHE COSA ACCADESSE DOPO QUESTA IMPORTANTE VISITA AL MUSEO,

visita

que tendría para él un sentido muy diferente al

que pudiera encerrar para otras personas,

cualquier circunstancia no viniera a poner en peligro el regreso sobre sus pasos o

su existencia no podía si la primera visita al museo resultaba infructuosa, y

contando con que la segunda entonces no

lo fuera

él conocía el anuncio que para las 12

horas se había hecho

de una enorme manifestación frente al

PALACIO DE INVIERNO

y sin saber a qué profundas razones o sentimientos obedecía deseó

p

r

e

s

e

n

c

i

a

r

l

a

bruscamente, todos los preparativos pasados que lo habían empujado hasta aquel lugar, cobraron una imagen nueva, como hiriente: ahora sabía realmente cuál había sido el sentido de sus pasos.

y, también por qué los m ismos lo habían empujado en aquella dirección:

se deseó suerte

al notar el bulto de la PARABELLUM 9

que su

mano

a

c

a

r

i

c

i

a

b

a

y,

en ese mismo instante, supo que cuando hubiera llegado a las escalinatas del palacio, no fallaría

una vez en las proximidades del palacio no habría nada, ni nadie, que pudiera detener la decisión que se había estado forjando en el tiempo,

y,

el atentado

se consumaría en ese minuto decisivo para la historia,

por eso supo que su m a n o

no

t e m b l a r í a

Caterín, Caterín

«es así, es así», pensó

José S. se encontraba a gusto dentro de su piel, contemplaba las pancartas desplegadas, sostenidas por numerosas manos:

LOS JUBILADOS QUEREMOS UNA VEJEZ DIGNA

LAS PROSTITUTAS EXIGIMOS QUE SE RECONOZCAN NUESTROS DERECHOS

EL POBLADO DE AFUERAS NECESITA VIVIENDAS

etc.,

oía los gritos, mezclados, confusos, las voces de hombres, de mujeres y niños, «esta es la cohorte miserable», pensó

«el Estado es el culpable de este horrible lamento», reflexiona

y de algo más doloroso que ellos no sabrán nunca,

(estaba entre los manifestantes, subido a las primeras escalinatas del palacio)

de repente sintió como un golpe en la cabeza, no supo en qué parte, fue tan inesperado como mortal:

se le nubló la memoria,

cayó al suelo con un ruido seco.

José S. había muerto.

los periódicos de aquella tarde, y los de la mañana siguiente informaron del suceso:

Recibimos una nota del gabinete de prensa de la Dirección de Seguridad Social, donde se comunica lo siguiente:

« Al mediodía de ayer y en el transcurso de la manifestación llevada a cabo por diferentes grupos sociales frente al Palacio de Invierno, se produjo un desgraciado accidente que costó la vida del individuo José S., cuando un número de la policía, en acto de servicio, hizo algunos disparos al aire con intención de reprimir a los manifestante que se habían congregado frente al Palacio.

Lamentando el triste suceso ocurrido, esta Dirección informa que se han iniciado las oportunas investigaciones para esclarecer los hechos que...»

Js. había recibido la llamada a la hora convenida.

Consultó su reloj: eran las 11 de la mañana y 30 minutos.

Cerró el libro con un gesto de cansancio.

Tenía el tiempo justo para llegar hasta el palacio.

«ninguna vida merece dos lágrimas», pensó, y abandonó la habitación.